

# HISTORIA Y MEMORIA EN ALEMANIA, 1949-2009

*Edgar Wolfrum.<sup>1</sup> U. Heidelberg*

El propósito de este artículo es presentar una síntesis de las políticas existentes sobre la memoria histórica en las tres Alemanias desde 1949: la antigua República Federal Alemana (RFA), la República Democrática Alemana (RDA) y la Alemania reunificada a partir de 1990.

## *La superación del pasado nacionalsocialista en la República Federal*

En la autopercepción de los Estados modernos, la vinculación positiva con el pasado y con las grandes épocas de la Historia patria desempeña, por lo general, un papel constitutivo. Esta regla general, empero, no puede aplicarse a la República Federal Alemana. A partir de su fundación como Estado en 1949, la delimitación crítica del nacionalsocialismo, considerado como un «acontecimiento de referencia valorado como extremadamente negativo»,<sup>2</sup> ha desempeñado un papel de especial importancia. Sin embargo, existe una divergencia de opiniones sobre si la confrontación con el pasado nazi se puede considerar, en conjunto, como un logro consolidado. Unos ven en ella la historia de una escandalosa mezcla de actitudes cuyo propósito fue sobre todo reprimir, silenciar, negar y asumir posiciones defensivas, de manera que los alemanes habrían cargado, incluso, con una «segunda culpa».<sup>3</sup> Otros han expresado el mayor de los elogios hacia la democracia germano-occidental, pues ésta habría tenido un brillante éxito en la superación crítica del pasado. En ningún otro lugar del mundo se habría visto un régimen su-

cesor de una dictadura totalitaria que hubiese reconocido de modo tan exhaustivo y crítico la naturaleza y las dimensiones de los crímenes perpetrados en nombre del país que aquel régimen ahora representa.

¿Cuáles son los orígenes de unas posiciones tan diametralmente opuestas entre sí? Es evidente que se trata de opiniones globales que, además, se basan en pautas políticas y morales. Es, por tanto, aconsejable diferenciar diversos aspectos. La superación del pasado no es un acto único, sino un proceso en evolución permanente, en el que han de diferenciarse, en primer lugar, períodos o fases temporales. En segundo lugar, el objetivo de la política de superación del pasado consiste en promover una ruptura con un pasado negativo, y en evitar que aquél se repita. Para valorar la asunción crítica del pasado, ésta ha de medirse en relación al grado de cumplimiento de sus obligaciones, esto es: la eliminación de las organizaciones criminales del régimen anterior; la democratización de las estructuras políticas; la persecución judicial de los perpetradores de crímenes; la indemnización a las víctimas; y una superación del pasado de cariz moral e intelectual cuyo propósito último no es sino democratizar la cultura política. Estas múltiples tareas operan en diferentes niveles, y son promovidas por actores distintos que, a su vez, y en tercer lugar, deben ser cuidadosamente diferenciados: el plano oficial de la política normativa a través de las leyes y regulaciones institucionales; el plano de la esfera pública, en el cual actúan diversos grupos de la sociedad;

y el plano de las mentalidades políticas y culturales, en el que se sitúan los posicionamientos, las opiniones y los comportamientos de los individuos.

El proceso de superación crítica del pasado en Europa occidental dio comienzo de manera específica durante el período de ocupación aliada del territorio alemán, entre 1945 y 1949. Las potencias vencedoras eliminaron las organizaciones criminales del Tercer Reich, revisaron y democratizaron el sistema político, promovieron un cambio de élites e intentaron reeducar a los alemanes. Diversas disposiciones legales regularon las reparaciones para las víctimas del nacionalsocialismo en las respectivas zonas de ocupación, y con frecuencia previeron prestaciones más generosas que las establecidas posteriormente por las leyes que fueron promulgadas por la República Federal Alemana con el mismo objeto. En este proceso participaron políticos alemanes que no ostentaban cargo alguno, pero los Aliados siempre tenían la última palabra. Algo que tuvo un efecto positivo, pues los alemanes, por sí solos, no habrían llegado tan lejos. En el proceso de Nuremberg contra los crímenes de guerra del nazismo, celebrado entre el 18 de octubre de 1945 y el 1 de octubre de 1946, los principales perpetradores del genocidio nazi estuvieron sentados en el banquillo de los acusados. Además, tuvieron lugar otros procesos en las respectivas áreas de ocupación aliada. Tan sólo en la pequeña zona bajo control francés fueron procesados y condenados, en veinte grandes procesos penales, un total de 2.000 criminales de guerra, en aplicación de la llamada *Ley del Consejo de Control número 10 (Kontrollratsgesetz)*.<sup>4</sup> El primer gran proceso penal de la posguerra, que tuvo lugar antes del de Nuremberg, y ante el que tuvieron que responder varios ciudadanos alemanes por los crímenes perpetrados en los campos de concentración, fue el proceso británico de Bergen-Belsen, celebrado en la ciudad de Lüneburg, en otoño de 1945.

Con la fundación de la RFA, «la persecución

de los crímenes violentos del nacionalsocialismo sufrió un estancamiento».<sup>5</sup> Se puso en práctica, por el contrario, una «política del pasado» de características específicas. ¿Cómo fue la relación de las élites políticas, tanto del Gobierno como de la oposición, con el legado personal de la dictadura nazi? ¿Qué medidas prácticas y políticas se tomaron, y en particular qué leyes se decretaron? Un rasgo fundamental de esta política del pasado durante las dos primeras legislaturas democráticas, dominadas por el partido demócrata-cristiano CDU, fue la amnistía y la integración social masiva de criminales nazis y de seguidores del nazismo. Ante la Guerra Fría, el canciller Konrad Adenauer se planteó una pregunta pragmática. Tenía que elegir entre una rápida democratización e integración social, y una superación del pasado sin concesiones, que estipulase un castigo general de los crímenes nazis. Ambas cosas, según el Canciller, no estaban al alcance de la mano de modo simultáneo. Adenauer se decantó, entre otros motivos en atención a las preferencias de sus electores, por la primera opción. Por lo tanto, en la RFA no se aplicó de manera general una política de persecución judicial activa de los asesinos del nazismo y sus cómplices. ¿Se habría optado por la segunda variante si en 1949 el socialdemócrata Kurt Schumacher hubiese ganado las elecciones al primer *Bundestag*? Podría ser. De hecho, al presidente del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), él mismo una víctima de la dictadura nazi, se debe el que los crímenes del Tercer Reich no desapareciesen totalmente de la esfera pública y de la conciencia de la población. Empezando porque el aspecto físico de Schumacher, que era mutilado,<sup>6</sup> recordaba diariamente a los ciudadanos los horrores del pasado. Kurt Schumacher fue uno de los pocos alemanes occidentales en abordar públicamente «el exterminio de seis millones de judíos» por la «barbarie hitleriana».<sup>7</sup> Pero murió pronto, en 1952.

A pesar de la resistencia de una minoría, la política del pasado de cariz complaciente era

apoyada por una extensa coalición de casi todas las fuerzas políticas y se avino bien, por tanto, a una amplia necesidad psicológica de Alemania occidental: la necesidad de poner un punto final a la «desnazificación» emprendida por los Aliados.<sup>8</sup> Los fuertes vínculos comunitarios que unían a todos los vencidos conservaron gran influencia, de modo que engendraron una «solidaridad exculpatoria general, que unía a todos los alemanes entre sí».<sup>9</sup> De manera asaz generosa, los funcionarios que habían sido despedidos durante el periodo de ocupación aliada fueron reempleados a principios de la década de 1950. Entre ellos se encontraban varias decenas de miles de individuos que habían sido imputados con graves cargos durante la desnazificación. Ninguno de los grandes líderes y criminales nazis sobrevivió políticamente en la RFA; pero la antigua plana intermedia del partido nazi encontró rápidamente un lugar dentro del nuevo Estado. El hecho de que el ponente de las leyes raciales de Nuremberg, Hans Globke, fuese designado por Konrad Adenauer secretario de Estado en la Cancillería Federal, colocó a la nueva democracia en una posición ambivalente.

Dentro del proceso de integración de la Alemania occidental también fueron liberados varios criminales de guerra que habían sido condenados por los aliados. Asimismo, las fuerzas armadas del Tercer Reich (la *Wehrmacht*) fueron rehabilitadas. Los políticos de la RFA consideraron que los soldados regulares del Ejército nazi habían protagonizado una guerra «normal», reducible a una sucesión de hazañas patrióticas. Y, bajo la presión de la Guerra Fría, la Segunda Guerra Mundial llegó a ser interpretada, en ocasiones, como una aportación alemana a la unidad anticomunista de Europa occidental.

La reintroducción de la conmemoración anual del *Día de luto nacional (Volkstrauertag)*<sup>10</sup> satisfizo, así, una necesidad colectiva y psicológica, es decir: la conmemoración del recuerdo de los hermanos, padres, maridos e hijos caídos durante la guerra. A lo largo de una infinidad de actos que tenían lugar, por lo general, ante el

monumento a los caídos de la Primera Guerra Mundial existente en cada localidad, y que sólo adoptaban la forma de discursos, se reflejaba una tendencia evidente a considerar a los soldados alemanes de ambas guerras mundiales víctimas de la «lucha por la cultura y la libertad de nuestro pueblo».<sup>11</sup> Por otro lado, demócratas comprometidos como Theodor Heuss, sólo con grandes dificultades lograron librarse del estigma de «traición a la patria» que recaía en la esfera pública germano-occidental sobre la resistencia nacional-conservadora. Las actividades de resistencia al nazismo que procedían de otras capas sociales eran, en todo caso, desconocidas o mal vistas.<sup>12</sup> Los generales y los altos oficiales de Hitler se hallaban también en la *Bundeswehr* y, junto con ellos, una abundante dosis de autoexculpación impregnó la mentalidad del nuevo ejército de la RFA. A pesar del ideal del «ciudadano en uniforme» que era promovido por aquél, el recurso a modelos dudosos provenientes de la *Wehrmacht* saltaba a la vista. Hasta el decreto sobre tradiciones militares promulgado en 1982, que rezaba que «un régimen de injusticia como el Tercer Reich [...] no puede justificar tradiciones», quedaba todavía un largo camino por recorrer.<sup>13</sup> A partir de la década de 1990 también se celebraron públicamente juramentos solemnes cada 20 de julio, conmemoración del fallido golpe contra Hitler del 20 de julio de 1944, con el objeto de comprometer a la *Bundeswehr* a perseverar en la tradición de resistencia contra el régimen nazi.

El Holocausto no fue un tema de discusión pública en la RFA hasta finales de los años cincuenta; y para la historiografía germano-occidental tampoco constituyó un tema preferente de investigación.<sup>14</sup> En la mentalidad colectiva de los alemanes del Oeste persistieron de forma latente una serie de opiniones y formas pre-democráticas de antisemitismo.<sup>15</sup> En la esfera pública de la RFA imperaba un tabú en relación con el Tercer Reich. Sólo una minoría osaba discordar. Aparte de ello, lo que predominaba era una situación caracterizada por la represión de

la culpabilidad colectiva, y que minimizaba la importancia de la misma, cuando no el rechazo del pasado y de la culpa en sí. En la imagen histórica de los contemporáneos, el nacionalsocialismo aparecía como una encarnación de una masa demoníaca y de un *Führer* satánico, como una irrupción casi inexplicable de la irracionalidad, sólo interpretable como aflicción y fatalidad.

La interpretación más extendida popularmente del totalitarismo consideraba que tanto la dictadura «parda», la nacionalsocialista, como la «roja» del Partido Socialista Unificado de Alemania (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, SED) eran hijas de una misma madre. Esta teoría diluía las diferencias y provocaba, al mismo tiempo, una clara deslegitimación de ambos sistemas, lo que contribuía a estabilizar a la joven democracia de la Alemania federal. A pesar de la crítica legítima que merecen las dudosas decisiones judiciales, legislativas y ejecutivas que

hicieron del primer período de gobierno de Adenauer una época marcada por los escándalos y la reintegración social de los perpetradores nazis, el «malabarismo» político consistió en conciliar de modo simultáneo la construcción social y política de la RFA como un régimen basado en la negación del nacionalsocialismo, por un lado, y en favorecer la integración de social de antiguos criminales, militantes y simpatizantes nazis, por el otro. No hay que olvidar que el éxito de la democracia germano-occidental no era algo que cabía presuponer desde un principio, sino que también hubiese podido seguir otros caminos y acabar en una serie de fracasos, algunos de ellos incluso muy plausibles. Por supuesto, no se puede pasar por alto que la reparación material de las víctimas del nacionalsocialismo estuvo plagada de deficiencias.<sup>16</sup> Y que las indemnizaciones al Estado de Israel en concepto de reparación sólo se llevaron a



Puerta de Brandeburgo años 60

cabo, finalmente, gracias a la intervención de las potencias occidentales. En esta reparación había demasiado cálculo y demasiada política exterior como para convencer moralmente: los pagos tuvieron lugar en los casos en los que la RFA se veía obligada a ello para mantener su reputación internacional. Quienes residían en países occidentales tenían buenas probabilidades de obtener indemnizaciones. Quienes vivían en países de Europa oriental salieron en general con las manos vacías. Pero también hay que recordar que los pagos se llevaron a cabo con una fuerte oposición por parte de la población germano-occidental, que los rechazaba de manera contundente.

A partir de 1958, el clima moral de la época sufrió un cambio radical, y con él la política de superación del pasado. El telón de fondo fueron los escándalos antisemitas y las pintadas con esvásticas que se extendieron por todo el territorio federal a fines de los cincuenta, que conmocionaron a la clase política y amenazaron con dañar la imagen de la RFA en el exterior.<sup>17</sup> Los déficits heredados de la anterior política del pasado se hicieron manifiestos, sobre todo, en el campo de la educación escolar y la formación política. A mediados de 1960, los Ministerios de Educación y Cultura de los diversos Estados federados de la RFA decretaron nuevas directrices para la enseñanza de la Historia, que prescribían un tratamiento más pormenorizado del nacionalsocialismo en ella.<sup>18</sup> La Oficina Central para la Formación Política (*Bundeszentrale für politische Bildung*) se propuso como objetivo intervenir de forma activa en la formación de la opinión pública a través del lanzamiento de nuevas series de publicaciones, y la celebración de actos y conferencias. A ello siguieron también medidas legales: en 1960, los legisladores establecieron el nuevo tipo delictivo de la «provocación pública» (*Volksverhetzung*).<sup>19</sup> Lugares que habían sido testigos del horror de la dominación nazi, y que durante años habían sido abandonados a su ruina, como el antiguo campo de concentración en Dachau o los edifi-

cios centrales más significativos del poder nazi en Berlín, fueron revalorizados como lugares de memoria, situados en ese momento bajo la constante atención de los medios. Ahora había madurado la convicción de que el conservar lugares de memoria del terror no era indecoroso, sino instructivo. Hasta aquel momento, los crímenes del nacionalsocialismo habían permanecido «desubicados» físicamente, lo que explica el hecho de que no tuviesen una presencia en la memoria colectiva. La «relocalización» de los mismos pretendía, así, ser el inicio de una nueva política del espacio conmemorativo, que se definía como un deber moral y de pedagogía política. Con ocasión del vigésimo aniversario de la liberación del campo de concentración de Bergen-Belsen, un presidente de la RFA, Heinrich Lübke, pronunció por primera vez un discurso a la nación desde un lugar de memoria del nazismo.<sup>20</sup>

Los intelectuales críticos encontraban un público cada vez más receptivo. Películas como *Rosen für den Staatsanwalt* (*Rosas para el fiscal*) llegaron a las pantallas de la RFA, y el escritor Günter Grass obtuvo un éxito clamoroso con su *Die Blechtrommel* (*El tambor de hojalata*). En la literatura nació un nuevo tipo de drama, las parábolas de la complicidad. El filósofo Theodor W. Adorno pronunció también en 1959 una conferencia radiofónica que suscitó gran interés, con el título «¿Qué significa superación del pasado?» (*Was bedeutet: Aufarbeitung der Vergangenheit?*). Y la televisión de la RFA emitió los primeros documentales acerca del Tercer Reich.<sup>21</sup> Al mismo tiempo, los juicios contra los crímenes nazis volvieron a situar el debate de la superación del pasado nacionalsocialista en el centro de la atención pública. El hecho de que en 1958 se crease la *Central para el Esclarecimiento de los Crímenes del Nacionalsocialismo* en Ludwigsburg fue justificado por los gobernantes no sólo por el objetivo de capturar y procesar a los responsables de los crímenes nazis, sino que también pretendía ejercer una fuerte influencia en la opinión pública. Los juicios pretendían ser-

vir de fundamento a la memoria y documentar el horror. Y si el juicio a Adolf Eichmann en Jerusalén en 1961-62 había suscitado una importante repercusión mediática en la RFA, el proceso de Auschwitz en Francfort del Meno, celebrado en 1965, adquirió una resonancia aún mayor. Su gran importancia radicó, sobre todo, en que a partir de ese momento se registró un gran interés hacia el Holocausto por parte de los historiadores.<sup>22</sup>

De este modo, a partir de mediados de la década de 1960 la discusión sobre la superación del pasado alemán tuvo una presencia cada vez mayor en la vida pública. En el nivel oficial, fueron, sobre todo, los debates que tuvieron lugar en la Cámara Baja de la RFA, entre 1965 y 1969, acerca de la posibilidad de prescripción de los delitos de genocidio, que acabaron con la resolución de la no prescripción de los mismos, lo que mantuvo el tema vivo en la conciencia de los ciudadanos germano-occidentales, y puso en marcha, al mismo tiempo, un proceso de aprendizaje colectivo. Los debates se convirtieron en momentos cumbre del parlamentarismo de la RFA, a pesar de que la atmósfera estuviese enrarecida por los ataques histórico-políticos que eran lanzados en forma de acusación por la República Democrática Alemana. Las campañas propagandísticas del partido gobernante en la RDA y los llamados «libros pardos» (*Braun-Bücher*) acerca del pasado de colaboración con el régimen nazi de muchos líderes políticos de la Alemania federal, acompañaban en todo momento el debate público en la RFA. Se trataba, en particular, de figuras como el diputado que representaba a la organización de los refugiados alemanes de Europa oriental y después miembro de la CDU, Theodor Oberländer; del secretario de Estado del canciller Adenauer y antiguo jurista nazi, Hans Globke; y del que sería presidente de la República Federal entre 1959 y 1969, Heinrich Lübke, quien fue tildado de «figura clave de la política de armamento fascista» por haber trabajado en la industria de armamento nazi.<sup>23</sup> Todos ellos se encontraron

en el punto de mira de las críticas provenientes de la RDA. Cabe dudar de que estas iniciativas tuviesen algún efecto en la población occidental. No obstante, puede apreciarse un cambio paulatino de concienciación al respecto, que tenía que ver con un proceso paralelo. Los alemanes occidentales consideraban la República Federal cada vez más como su «propia» república. El llamado «milagro» económico y la consolidación de un Estado social y de derecho provocaron una especie de reconocimiento emocional por parte de los ciudadanos de la RFA; y la adhesión normativa a la República Federal implicaba también un rechazo del pasado nacionalsocialista, que a partir de entonces fue considerado como algo escandaloso.

Finalmente, el conflicto generacional también actuó como estímulo de una nueva confrontación con el pasado nacionalsocialista. La generación del 68 convirtió las vidas de sus padres en objeto de enérgica discusión y diagnosticó a nivel subjetivo, en palabras de Alexander y Margarete Mitscherlich, una «incapacidad para el duelo».<sup>24</sup> A nivel «objetivo», el nacionalsocialismo fue considerado como una forma posible de dominación burguesa. Por medio de esta teoría del fascismo de estampa marxista, la llamada Oposición Extraparlamentaria (*Außenparlamentarische Opposition*, APO) dio en difamar a la República Federal «burguesa» como un régimen restaurador, una mera continuación del nacionalsocialismo y, por tanto, estructuralmente fascistoide.<sup>25</sup> Los éxitos electorales del ultraderechista Partido Nacionaldemócrata Alemán (*Nationaldemokratische Partei Deutschlands*, NPD) en las elecciones al Parlamento regional (*Landtag*) de varios Estados del Sur de la RFA en 1966 y en 1968 contribuyeron a insuflar unos disparatados análisis del fascismo aplicados a la teoría crítica, que a menudo borraban completamente la contraposición fundamental entre dictadura y democracia.

Desde el cambio de poder en 1969 y el acceso al mismo de los socialdemócratas, la superación del pasado experimentó una politización y

polarización cada vez más acusadas. Al poco de asumir la presidencia, el nuevo canciller federal Willy Brandt, quien había prestado un concurso activo en la resistencia contra el Tercer Reich desde el exilio, se percibía a sí mismo «no ya como canciller de una Alemania vencida, sino de una Alemania liberada». Con la victoria del SPD, Hitler habría perdido la guerra definitivamente.<sup>26</sup> A ello se sumó una revalorización oficial del papel de la resistencia socialdemócrata, y, en general, de la resistencia obrera contra la dictadura nazi. El 8 de mayo de 1970, por primera vez en la Historia, un Gobierno federal alemán tomó posición oficial en el *Bundestag* acerca del final de la Segunda Guerra Mundial, y se pronunció en favor de la reconciliación con las víctimas del nazismo en Europa del Este. De esta «celebración de la capitulación» no participó la conservadora CDU: según el líder del partido de la oposición, Rainer Barzel, no se podían celebrar las derrotas.<sup>27</sup> Mientras que dentro de la RFA aumentaba la crispación alrededor de las controversias histórico-políticas, como resultado del cambio de gobierno y del lanzamiento de una nueva política exterior hacia el Este (*Ostpolitik*), las disputas histórico-políticas entre los dos Estados alemanes disminuían en acritud, particularmente en su interpretación de la historia de la resistencia al nazismo. En el Oeste se registró una mayor voluntad de recordar la existencia de otras formas de resistencia anti-nazi, como la protagonizada por los comunistas, además de los conservadores y los militares opuestos a Hitler. En el Este, la oposición protagonizada por oficiales y círculos burgueses también obtuvo un lugar en la historiografía.

A partir de mediados de los años setenta surgió un nuevo debate público acerca de la identidad alemana en la RFA. El Gobierno de coalición entre SPD y liberales se vio sacudido por un conjunto de nuevos problemas, entre los que destacaban sobre todo la crisis del petróleo y el terrorismo de ultraizquierda, y muchas utopías políticas se desvanecieron tras la dimisión del canciller Willy Brandt. Varios políticos e intelectuales conservadores hablaron entonces de una

«crisis de identidad alemana». Éstos temían que la RFA se revelase como una democracia superficial, sin un anclaje histórico suficiente, por lo que reclamaron un nuevo cambio de tendencia. Según ellos, la superación «izquierdista» del pasado era la fuente de todos los males, pues ésta era en esencia profundamente subversiva, al impedir una superación definitiva del pasado e imposibilitar la forja de una identidad basada en una imagen positiva de la historia.<sup>28</sup> A los intelectuales, políticos e historiadores liberalizquierdistas partidarios de la teoría de la «particularidad» alemana o *Sonderweg* se les colgó el sambenito de estar dirigidos desde fuera. Éstos rendirían homenaje ingenuo a la «mitología antifascista» de la RDA. Al concebir la superación del pasado como un «deber de penitencia permanente» de la RFA, aquéllos tendrían como objetivo el perpetuar un estado de trauma para la autoestima alemana. La Historia alemana debería ser descriminalizada, para abrir con ello la puerta al surgimiento de un nuevo patriotismo.

Pero en amplias capas de la población de la RFA todavía quedaba mucho por recordar en lo relativo a los doce años de nacionalsocialismo, como había quedado patente dos años antes, cuando un evento mediático de la televisión germano-occidental provocó una conmoción sin precedentes. En enero de 1979, la cadena de televisión alemana ARD emitió la serie de televisión norteamericana *Holocausto*. Los críticos y los historiadores profesionales sólo fueron capaces de ver en ella una dramatización sentimental, falsificadora e incluso fatalista de la persecución y exterminio de los judíos. La serie fue despreciada y tildada de típico culebrón, que contenía todos los ingredientes característicos de la industria del entretenimiento de Hollywood. Sin embargo, la cuota de pantalla fue sensacional. Para millones de espectadores, la serie de televisión *Holocausto*, que narraba de forma paralela el destino de una familia judía y la carrera de un *Obersturmbannführer* nazi, y la representación cautivadora, conmovedora

y veraz de las atrocidades del nacionalsocialismo, supuso un impacto mucho más profundo que todo lo que habían podido ver o leer con anterioridad. Por ello, la serie tuvo un efecto esclarecedor. Los sondeos demoscópicos pudieron medir el alcance de ese impacto entre los espectadores: un 65% de ellos se había conmovido; un 45% había sentido vergüenza y un 81% habría debatido con otros después de la emisión.<sup>29</sup> Ante semejante resultado, los historiadores tuvieron que plantearse si no se habían equivocado durante años al enfocar las necesidades de la opinión pública a la hora de orientar su trabajo. En cualquier caso, la serie *Holocausto* apenas contribuyó a una mayor popularización de temas históricos.

Por un lado, el pasado nacionalsocialista se convirtió en un asunto cada vez más en manos de los expertos científicos, y se ha disgregado, a través de la investigación altamente especializada, en una serie de planteamientos detallados y específicos. Por otro lado, un gran número de controversias y conflictos de carácter histórico-político, a propósito de cuestiones como la celebración de días del recuerdo, de discursos conmemorativos y de museos, dominaron el debate en la esfera pública alemana a partir del cambio de Gobierno registrado en 1982-83, cuando subió al poder la CDU con el canciller Helmut Kohl, y que presentaban una acusada continuidad con el ya mencionado discurso acerca de la identidad alemana. Su punto álgido se alcanzó con la llamada disputa de los historiadores (*Historikerstreit*) en 1986-87. Los años de gobierno de Kohl asistieron a una permanente discusión sobre el papel y la función de la política de superación del pasado. Esta cuestión se hallaba en el centro de las varias polémicas que tuvieron lugar en esos años: la ofrenda floral del presidente de los EE UU Ronald Reagan y el canciller Kohl a los soldados alemanes, incluyendo a 49 miembros de las *Waffen SS*, enterrados en el cementerio militar de Bitburg (abril de 1985); o el escándalo a propósito del polémico discurso «explicando» las razones del apoyo del

pueblo alemán al nacionalsocialismo pronunciado por el presidente del *Bundestag*, el político conservador Philipp Jenninger, en noviembre de 1988. Pero también impregnaba el debate sobre el discurso del presidente de la RFA, Richard von Weizsäcker, con motivo del 40 aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial y de la liberación, en 1985, como igualmente dejó su huella en las diversas polémicas alrededor de la Casa de la Historia (*Haus der Geschichte*) de la RFA en Bonn y por el Museo Histórico Alemán (*Deutsches Historisches Museum*) de Berlín inaugurado en 1987. Críticos provenientes de la izquierda liberal, como el historiador Hans Mommsen, pronosticaban un «cambio de rumbo» en la mayor parte de la historiografía alemana.<sup>30</sup>

Estas polémicas se convirtieron en una lucha por la hegemonía cultural dentro de la RFA, de un modo hasta entonces desconocido. En razón, además, del cambio generacional que se estaba produciendo, el tema revestía en sí un gran potencial de conflicto. Las personas pertenecientes a la «segunda generación» tras el nazismo habían confrontado a sus madres y padres con su pasado. A partir de la «tercera generación», el problema se aplazó, pues para estas personas la relación personal con el pasado nacionalsocialista se definía en términos de implicación nacional. Es decir, si el nacionalsocialismo les concernía de modo especial, era por la sencilla razón de ser ciudadanas y ciudadanos de Alemania. Muchas preguntas quedaban pendientes: ¿Se debía acaso tomar en consideración toda la historia alemana entre 1933 y 1945? ¿Cómo era la autopercepción histórico-política de la RFA, después de un largo período de cuarenta años como una democracia exitosa? A pesar de ser muchos los historiadores que participaron en la «disputa de los historiadores», y de que dentro de ésta se subsumían y emergían a la vez todas las controversias pospuestas del pasado, sólo en una reducida proporción se trataba de una disputa de tipo científico. En su mayor parte, era una

polémica sobre la política del recuerdo: todo giraba alrededor del problema de conferir a la concepción de la Historia imperante en el momento una categoría normativa y vinculante.

Los sectores conservadores concentraron su fuego dialéctico en la concepción predominante de «identidad de superación del pasado» proveniente de la izquierda liberal. En ella veían una barrera difícil de superar en su camino hacia una conciencia nacional positiva. La referencia permanente hacia el Tercer Reich y hacia la singularidad del Holocausto con respecto a la Historia mundial llevaría hacia una insuficiente capacidad de proyección hacia el futuro de los alemanes como colectivo. Sólo por medio de la consolidación de una «identidad de nación normal» se podría lograr ese propósito. Ello significaba, hacia el interior, la superación de una «obsesión masoquista por la culpabilidad», que habría conducido a los alemanes a un estatus de «nación herida».<sup>31</sup> En su lugar, tendría que aparecer una concepción de la Historia más aceptable, que no presentase la Historia nacional de modo permanente como una doliente Historia de desgracias. Esto significaba, hacia el exterior, que la RFA debía reivindicar y adquirir un mayor peso en el seno de la comunidad de Estados occidentales. Tras cuarenta años de historia exitosa, la RFA se había ganado el derecho a situarse de modo retrospectivo como un miembro más de los Aliados occidentales.<sup>32</sup> Para intelectuales de izquierda liberal, como el filósofo Jürgen Habermas, estos propósitos tenían algo de «filosofía OTAN con colorido nacional-alemán». ¿Acaso querían los conservadores ahorrarles a los ciudadanos federales el sonrojo por la vergüenza de Auschwitz y, por tanto, destruir la «única base de nuestro vínculo con Occidente»?<sup>33</sup> El imperativo de la memoria crítica del nacionalsocialismo había tenido hasta entonces un carácter constituyente para el Estado de Derecho de la Alemania federal y para su vinculación con Occidente. Cuestionar tal imperativo le parecía a la izquierda moderada de la RFA

un hecho de fatales consecuencias. El imperativo de la memoria siguió siendo, aún después de la «disputa de los historiadores», el núcleo de la autopercepción de la RFA.

#### El mito antifascista en la República Democrática Alemana

En 1965 la RDA inició una campaña de carácter histórico-político. En innumerables artículos, glosas y caricaturas, el Partido Socialista Unificado Alemán (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, SED) intentó transmitir la impresión de que el 9 de mayo de 1965 miles de habitantes de la RFA se declararían abiertamente ex-criminales nazis, sin que a éstos se les pudiesen pedir cuentas por su pasado, a causa de la entrada en vigor de la prescripción de los delitos cometidos veinte años antes. Los criminales nazis que se hallaban desaparecidos en el extranjero ansiarían volver ese día a la Alemania occidental, volver a vestir sus viejos uniformes y poner sus experiencias acumuladas en las filas de las SS a disposición del Gobierno federal, que estaría preparándose para la guerra, y que marchaba directo hacia la revancha. Contrariamente a la RFA, en el Este todos los criminales de guerra y perpetradores nazis habrían sido juzgados y el nacionalsocialismo habría sido «exterminado», como todavía rezaba el artículo 6.1. de la constitución de la RDA de 1974. En su competencia por la legitimidad con la RFA, la RDA reivindicaba enérgicamente haber sido la única en extraer las justas consecuencias de la catástrofe nacionalsocialista. Por tanto, rechazaba la asunción de cualquier responsabilidad por el pasado. Con esta reivindicación, la RDA, por muy extraño que esto pueda sonar hoy en día, alcanzó una repercusión global. Se hubiera podido crear la impresión de que Hitler sólo provenía de la Alemania occidental.<sup>34</sup>

Según el mito fundacional de la RDA, los antifascistas alemanes habrían derrotado a la dictadura de Hitler al lado de la Unión Soviética, y habrían creado la nueva Alemania. La «des-

nazificación» servía de fundamento de la revolución «antifascista y democrática», que según la periodización oficial de la historia de la RDA había tenido lugar entre 1945 y 1949, y durante la cual se sentaron las bases de la transición del capitalismo hacia el socialismo. En ámbitos políticamente relevantes como la Justicia, la Administración y el sistema educativo y escolar, la desnazificación fue aplicada, en general, de un modo más radical que en el Oeste. La limpieza política tuvo un doble carácter. Por un lado, fue un ajuste de cuentas con el régimen nazi. Por otro, aquélla se interpretaba como un medio para el cambio de sistema. Las nociones de *enfrentamiento* con el sistema (nacionalsocialista) y *cambio* de sistema (en el camino hacia una partidocracia comunista) se fusionaron estrechamente, de manera que en la práctica apenas se podían separar.<sup>35</sup> La ruptura personal con el pasado acompañaba la validez persistente del principio de dictadura. Los *pequeños nazis*, llamados en la jerga comunista «nominales»,

para diferenciarlos de los «activos», fueron domesticados a través de su encuadramiento en el Partido Nacionaldemócrata Alemán (*Nationaldemokratische Partei Deutschlands*, NDPD), fundado expresamente con este propósito y cuya dirección estaba ocupada, para mayor seguridad, por un antiguo comunista. Al contrario que en la RFA, las personas que habían sido incriminadas por su compromiso con el Tercer Reich no desempeñaron en la práctica ningún papel relevante. No obstante, y como en la RFA, tuvo lugar una adaptación en masa a los nuevos sistemas políticos reinantes en cada zona. Una vez dada por cumplida la tarea de la desnazificación, el nacionalsocialismo dejó de formar parte de la Historia propia de la RDA, sino que únicamente lo hacía en el caso de la capitalista RFA. Según la propia teoría comunista del SED, éste habría retomado la frustrada revolución socialista alemana de 1918 y colmó su realización, al haber derrotado al capitalismo, fundamento a su vez del fascismo.<sup>36</sup>



Monumento del campo de concentración de Buchenwald (Fritz Cremer, 1958)

En la RFA la superación del pasado fue un proceso de deliberación permanente. No fue así en la RDA. Aquí el pasado nazi fue declarado de modo dogmático como algo oficialmente liquidado a través de la «revolución antifascista y democrática». No hubo lugar a un cambio paulatino en la conciencia de los ciudadanos acerca del pasado, como en la RFA, sino que aquél se intentó dar por realizado mediante decreto y de una vez por todas, de modo que todos los demás debates acerca de culpabilidades y responsabilidades estaban de sobra. El antifascismo era el único derecho incuestionable a la existencia de la RDA, tanto hacia el exterior como hacia el interior. Y estaba en el cerne del conjunto de experiencias de la élite dirigente del SED, que había sido socializada en el comunismo de la República de Weimar. Su experiencia generacional fue proyectada hacia el conjunto de la sociedad germano-oriental, a la manera de un antifascismo «por decreto», que también hacía posible que las personas se pasaran rápidamente a la parte de la «otra» Alemania. Esta ideología confesional significaba, por tanto, una propuesta interesante: descargaba del peso de la culpa y absolvía al ciudadano corriente de cualquier responsabilidad individual sobre el pasado nacionalsocialista.<sup>37</sup>

Sin embargo, había un hecho innegable: tan sólo unos pocos alemanes habían participado en la resistencia activa contra la dictadura nazi. Desde este punto de vista, el mito antifascista fundacional de la RDA no podía transmitirse a través de la comunicación cotidiana, es decir, mediante el ejercicio de una memoria comunicativa. El mito se difundió, sobre todo, a través de vehículos de socialización cultural como los rituales públicos, los monumentos, la literatura y las artes plásticas, y sólo así pudo tener entrada en la memoria colectiva de los ciudadanos de la RDA.

Así se explica el excesivo despliegue de tales instrumentos de concienciación para tratar de consolidar en la conciencia colectiva el mito fundacional que presentaba a la RDA como una

creación de la resistencia antifascista. La RDA estaba sembrada prácticamente por completo de monumentos y placas conmemorativas que exaltaban la resistencia antifascista, los modelos del socialismo y la evolución de la RDA. A partir de 1955, un organismo fundado explícitamente con este objetivo se encargó de erigir monumentos y lugares conmemorativos. El antiguo campo de concentración de Buchenwald fue transformado por el SED, con un gran despliegue de medios y el recurso a la arquitectura monumental conmemorativa, en un lugar de memoria de la heroica resistencia comunista contra el Tercer Reich, un «Olimpo rojo» que todo ciudadano de la RDA debía visitar y asumir reflexivamente. El monumento central del recinto, el conjunto escultórico *Los prisioneros liberados*, obra de Fritz Cremer, muestra a un niño acompañado de diez hombres. Pero no se trata de figuras famélicas, marcadas por la muerte, sino de un grupo en pose combatiente, bandera y fusil en mano, con el puño cerrado y jurando con la mano. No se representan como víctimas, sino más bien vencedores: se podría hablar de una RDA en miniatura.<sup>38</sup>

El hecho de que un gran número de intelectuales interiorizaran el antifascismo de la Alemania oriental como la única reivindicación moral de la RDA para todos los alemanes de buena voluntad no ha de sorprender. Pero ésta experimentó, además, una capacidad de adhesión e identificación perdurable para muchos ciudadanos de la RDA. El antifascismo no ha sido sólo un instrumento manipulador del SED para consolidar su poder, como a menudo se afirma en el Oeste, sino que también, y sobre todo en el caso de muchas personas que participaron activamente en los movimientos civiles que contribuyeron a la caída del régimen comunista, el antifascismo funcionó como una trampa vinculante que aseguraba una lealtad ciudadana capaz de servir de estabilizar el sistema. La socialización antifascista y el encuentro cotidiano con sus lemas albergaban, además, profundos déficits en sí. La teoría comunista, que reducía

todos los problemas al esquema de lucha de clases entre capital y trabajo, resultó ser incapaz de explicar el antisemitismo racial de la dictadura nacionalsocialista. A través de la categoría del fascismo se universalizó el nacionalsocialismo alemán, pero el precio histórico-político de esta generalización fue extremadamente alto. El nacionalsocialismo destacaba entre los demás movimientos fascistas por su omnipresente antisemitismo de consecuencias eliminatorias. Y fue precisamente esa característica esencial la que fue silenciada por la memoria de la Alemania oriental, al encajar interpretativamente el Holocausto dentro del esquema de la lucha de clases. A partir de ahí, el anticomunismo era considerado el elemento fundamental del nacionalsocialismo, y los judíos parecían haber caído de modo más o menos accidental en el ojo del huracán exterminador del fascismo. Durante los años cincuenta, el Holocausto no se tematizaba en absoluto en la RDA. Más tarde se siguió manteniendo el cuadriculado esquema ideológico ya citado, espacio dentro del cual era obligatorio moverse cuando se mencionaba el Holocausto. Además, la situación internacional de Guerra Fría mantuvo vigentes los resentimientos antisemitas. En toda Europa oriental, los ataques de índole marxista-leninista contra el «imperialismo occidental» se superponían con, y reforzaban, a su vez, diversos tópicos antioccidentales, y asociaban a los judíos con el despreciado Oeste «cosmopolita» y capitalista. Por muy paradójico que pueda parecer, el discurso de legitimación antifascista sirvió de base, al mismo tiempo, para una política antijudía.

Al igual que en la RFA, en la RDA el juicio a Adolf Eichmann en 1961 también supuso un corte. Sin duda alguna, el proceso, que había suscitado la atención mundial, debía servir para continuar denigrando a la Alemania occidental, tildándola de antisemita. Sin embargo, entre la hojarasca de esa campaña propagandística el tema de la persecución de los judíos tuvo por primera vez la oportunidad de colarse en la esfera pública de la RDA. En los años setenta,

la dogmática visión del pasado establecida por el Estado germano-oriental se enfrentó a una resistencia significativa. En 1978, las Iglesias de la RDA denunciaron la profusión de incidentes antisemitas y advirtieron de que el antisemitismo cultivado conscientemente por el SED —que había crecido como reacción al conflicto de Oriente Próximo— podía desembocar en un antisemitismo público. Además, los críticos del sistema plantearon, a partir del proceso abierto por la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa, cuestiones de un escepticismo diáfano: ¿Realmente había sido todo tan claro, simple y heroico? ¿Eran todos los ciudadanos de la RDA vencedores de la Historia, que no compartían la más mínima responsabilidad por todo lo que se le había hecho a la población judía?

Es significativo, y pertenece a la historia de la disolución de la RDA, el hecho de que, por cálculos pragmáticos de política exterior, el régimen abandonase de manera repentina una serie de categorizaciones dogmáticas. En 1988, el jefe del Estado de la RDA, Erich Honecker, anunció el propósito de indemnizar a las víctimas judías del nacionalsocialismo. La élite dirigente del Estado germano-oriental se esforzaba, desde hacía algún tiempo, por mejorar sus relaciones con el mundo judío. Como punto culminante del reconocimiento internacional de la RDA, Honecker deseaba realizar un viaje de estado a los Estados Unidos, pero Washington le hizo saber que no sería posible sin una indemnización previa a las víctimas del nazismo. Aunque sólo fuese a título simbólico, el régimen del SED se mostró condescendiente. Con motivo del quincuagésimo aniversario de la noche de los cristales rotos, el 9 de noviembre de 1988, tuvo lugar en la RDA una gigantesca campaña pública de recuerdo de la efeméride, de manera que por primera vez en la historia del Estado socialista alemán la conmemoración de la revolución de noviembre de 1918 fue eclipsada por otro acontecimiento. La visita oficial a los Estados Unidos y las indemnizaciones nunca se

llevaron a cabo, pues la Historia se adelantó. Sin embargo, lo crucial era que la dirección del partido revisó la parte central de la autopercepción de la RDA. «Se bajó de lo alto del caballo de 'vencedor de la Historia' y se convirtió en lo que era la RFA: un Estado sucesor del régimen nazi». <sup>39</sup> Aquí se puso de manifiesto un desgaste histórico-político que socavó los fundamentos del dominio del SED y provocó dudas entre las élites cercanas al poder acerca de la propia razón de ser del Estado. Una erosión que amenazaba a la continuidad institucional de la RDA y que ayuda a explicar la falta de reacción que mostraron sus dirigentes en 1989.

#### Memoria de las dos Alemanias más allá del nacionalsocialismo

A partir de finales de la década de 1970 se podía ganar mucho dinero con libros de tema histórico. Un verdadero *boom* del interés por la historia se había desencadenado en la RFA. La historiografía popular se convirtió de repente en un éxito de ventas en las librerías, sobre todo las biografías históricas. También las grandes y reputadas casas editoriales reaccionaron ante esta nueva coyuntura. A partir de 1982, la editorial de Berlín occidental, Siedler, sacó a la venta una *Nueva Historia de Alemania* en seis volúmenes, con el título *Los alemanes y su nación*, que incluso fue alabada por el boletín oficial de las librerías alemanas de la RDA. Lo más sorprendente, sin embargo, era la razón de tales elogios. Esta nueva colección pretendía ser, como se podía leer, y con toda legitimidad, «una Historia nacional de la RFA». La «Historia alemana en doce tomos» de la editorial VEB (*Editorial Alemana de las Ciencias*) y la obra en seis tomos de la Alemania occidental serían empresas científicas, comparables en un aspecto central: «Por un lado, existe ahora una historia nacional de la RDA, y, por otro, es legítima la pretensión de hablar de una historia nacional de la RFA». La obra publicada por la editorial Siedler culminaría en el reconocimiento de que

«la unidad nacional bajo la forma del Estado nacional ha de ser vista como un *intermezzo* en la historia de Alemania» y, al mismo tiempo, expresaba que «el termino 'nación histórica' debería ser el elemento vinculante entre los dos Estados alemanes». <sup>40</sup>

Sólo cuatro años después, la «nación histórica» fue realizada por obra y gracia de la reunificación alemana. Ya a finales de los años setenta existían sorprendentes paralelos entre la política de la Historia de las dos Alemanias. Entre ellos, dos merecen ser subrayados aquí. En primer lugar, de manera casi simultánea empezó a registrarse en ambos Estados el surgimiento de una fuerte concienciación en relación a la Historia alemana. Se podría decir que se generó una suerte de fascinación por la Historia. La historiografía alcanzó gran popularidad y despertó emociones. En la RDA estas tendencias fluyeron dentro del programa oficial «Tradición y Legado» (*Tradition und Erbe*); en la RFA, dentro de un discurso de identidad histórica. La conciencia del pasado y el interés hacia las vidas de otro tiempo se debían en gran parte al influjo de crisis contemporáneas, de conflictos y de desencantos. En la historia se descubrieron puntos comunes donde hasta entonces sólo se habían percibido separaciones. El concepto de *Heimat* (patria local) emergió como una categoría central e inseparable que actuaba de principio conductor de la historia patria, y en ambos Estados alemanes se volvió a reanimar el interés por la historia regional y local (*Landesgeschichte*). Un segundo fenómeno precedió al anterior, para después acompañarlo de forma paralela y superpuesta: en ambas Alemanias se produjo un renacimiento de la *cuestión alemana*.

La cuestión nacional volvió a ser puesta sobre el tapete por los sectores conservadores, y desde 1977-78 se desarrolló un amplio discurso sobre la Historia nacional y la identidad alemana, que se dirigía con vehemencia hacia la «RFA-zación» (*Bundesrepublikanisierung*) de la concepción de la Historia. En 1976, el filósofo

neoconservador Hermann Lübbe, quien anteriormente había estado próximo al SPD, pronunció un discurso de amplia repercusión pública acerca de la «función de la Historia como representación de la identidad», en el que asignaba a la Historia la tarea de conferir visibilidad a las identidades nacionales.<sup>41</sup> Los historiadores conservadores exigieron una concepción de la Historia que fuese normativa y nacional, capaz de contrarrestar los síntomas de desintegración social mediante la prédica de una unidad interior de contornos firmes. En lugar de «emancipación», como se había predicado todavía en la era socialdemócrata de Brandt y Heinemann, el término «identidad» se erigió en eslogan político y en un concepto crucial de la política de la Historia. La disputa acerca de la concepción de la Historia fue dura. En 1976, un presidente de la RFA, Walter Scheel, pronunció por primera vez el discurso de apertura en una edición del Congreso bianual de los historiadores alemanes (*Historikertag*); y dos años más tarde lo hizo, también por primera vez, un canciller federal, Helmut Schmidt. Ambos rechazaron una concepción de la historia de carácter unitario y afirmativo.

Por la misma época se registraba en varias sociedades industrializadas una nueva tendencia a la reafirmación de la historicidad, cuyas características eran la añoranza de la Historia, la búsqueda de un refugio en ella, una nueva obsesión por recordar y una cierta fijación con el legado del pasado. Los talleres de historia brotaron como setas, y la nostalgia por el ambiente perdido de los rastrillos estaba «de moda». Ese interés masivo por las vidas de un pasado premoderno y aparentemente libre de conflictos fue también una consecuencia del miedo de los ciudadanos al futuro, ante los cambios acelerados en el presente. La crisis del progreso provocó un síndrome de modernismo retrógrado y se orientó hacia la búsqueda de pasados «mejores», con el fin de poder escapar de un presente considerado inhóspito. A menudo, la mirada hacia el pasado era más nostálgica que

analítica, y la Historia corría el riesgo de verse reducida a una instancia compensatoria de los desencantos del presente. En ocasiones, esta conciencia retrospectiva sirvió sencillamente de arsenal estético para un mundo en colores chillones, por ejemplo a través de la tendencia *retro-chic*, o a través de una nueva ola de películas cinematográficas de temas históricos. En Alemania, este fenómeno no se diferenció en mucho de lo que ocurría en otros países. Pero en él apareció una nueva y decisiva dimensión: la politización de la memoria. Pues cada mirada a la Historia y cada pregunta referida a los orígenes históricos y culturales eran, al mismo tiempo, una única pregunta acerca del estado presente de los alemanes, pero también sobre su futuro. Es decir, el futuro de todos los alemanes de un país dividido.

De este modo, también el programa oficial «Legado y Tradición» de la RDA resultó ser un bumerán. Mediante el uso de este concepto histórico-político el SED pretendía dar una respuesta a las crisis sociales y económicas que padecía el sistema socialista. La Historia había de ser «re-emocionalizada», debía crear estados de opinión y ofrecer un espacio para la identificación a nivel emotivo con la «nación RDA». El resultado que finalmente se esperaba era la inyección de un renovado espíritu colectivo que fuese «nacional». El internacionalismo socialista, que había resultado ser un fracaso, ya no se encontraba en el centro del mensaje, sino en la «propia historia nacional del pueblo de la RDA».<sup>42</sup> La diferencia entre el *legado*, es decir, la Historia con todas sus contradicciones, y la *tradición*, esto es, los eventos y las normas que podía servir de referencia positiva, abrió nuevos espacios a la historiografía de la RDA y le permitió abordar un análisis completo, y ya no selectivo, de la Historia alemana. Sin embargo, las esperanzas del SED, consistentes en abrir las puertas a una concepción más amplia de la «conciencia histórica socialista» mediante el aumento del número de eventos y de personajes que pasaban a ser «autorizados» a figurar

en ella, se vieron frustradas. Y lo que era peor, ocurrió justo lo contrario de lo esperado. El pasado despertaba en las personas emociones y solidaridades pangermánicas; la idea de «nación histórica» evocaba también un sentimiento de unidad de toda Alemania. Como en el cuento del aprendiz de brujo, la RDA invocó a los espíritus y después no pudo deshacerse de ellos.

Varias conmemoraciones abrieron las compuertas de la memoria. El proceso comenzó con los fastos del «Año de Prusia» en 1981, siguió con la celebración de los 150 años del festival de Hambach, en 1982, y continuó, más tarde, con el cincuenta aniversario del 30 de enero de 1933, fecha de la toma del poder por los nazis.<sup>43</sup> A pesar de todo, el año 1983 estuvo señalado por el quinto centenario del nacimiento de Martín Lutero. Los aniversarios de las fundaciones de la RFA y la RDA completaron el elenco el año siguiente, y, más tarde, en 1987, le tocó el turno al 750 aniversario de la fundación de la ciudad de Berlín. Una ola de exposiciones de carácter histórico acompañó a las celebraciones conmemorativas. Además, el número de museos históricos aumentó considerablemente.<sup>44</sup> Es de destacar, sobre todo, el renacimiento del interés por Prusia, que afectaba tanto al Este como al Oeste. Entre la RDA y la RFA se desató una verdadera contienda sobre cuál de las dos Alemanias encajaba mejor en el molde prusiano. En la RFA esta disputa interalemana fue acompañada por una polémica interna. Para los conservadores, la apelación a Prusia equivalía a una demostración panalemana, y resaltaron, por tanto, la misión unificadora del Estado prusiano como una «tarea pendiente de Alemania», al tiempo que reclamaron con vehemencia que las virtudes prusianas impregnasen la RFA. Además, descubrieron en Prusia un modelo ejemplar de ordenamiento autoritario y utilizaron este repertorio contra un concepto de sociedad considerado «occidental-libertario». Para la izquierda liberal, el Estado autoritario prusiano, que los conservadores habían colocado en un altar,<sup>45</sup> constituía un espejo negativo en el que

mirarse, y ante el que se exigía una ampliación de las libertades fundamentales. Pero como un Estado germano bajo un manto de una cultura nacional alemana común, Prusia también podía revestir un cierto encanto a los ojos de este lado del espectro político.

El SED, por su lado, creía poder ver en Prusia el modelo de un Estado dinámico y, además, de ordenamiento autoritario. La revalorización de la historia prusiana, es decir, anterior a su liderazgo de la unidad germana, corroboraba con esta argumentación el rechazo a una concepción unificada de Alemania. Para difundir esos postulados entre la sociedad germano-oriental se produjeron costosas películas sobre Prusia. La serie en cinco episodios *Scharnhorst*, por ejemplo, tenía por objeto presentar las tradiciones progresistas prusianas como postulados implícitamente socialistas.<sup>46</sup>

En el año 1951, poco después de la fundación de la RDA, el monumento a Federico el Grande de Prusia situado en la avenida berlinesa *Unter den Linden* fue retirado de su lugar. Prusia era considerada una creación del militarismo, y Federico un rey precursor de Hitler. Treinta años después, la estatua volvió a su emplazamiento original, y Erich Honecker en persona rindió honores al rey de Prusia, tratándolo otra vez de «El Grande», algo que en la RDA había permanecido como un tabú hasta aquel momento.<sup>47</sup> Contemplado desde hoy, este regreso orquestado de Prusia parecía el final simbólico del proyecto de socialismo estatal de una Alemania distinta y mejor, casi una década antes de su colapso *de facto*. Poco después, y del mismo modo que Federico el Grande, también Martín Lutero, figura que anteriormente había sido considerada dudosa, fue revalorizado y honrado con grandes fastos en la RDA. La biografía de Bismarck, publicada en 1985 por el historiador germano-oriental Ernst Engelmann, continuó con la rehabilitación de personajes eminentes de la Historia alemana y su integración de modo consecuente dentro de la concepción de la Historia de la RDA. Lutero, Federico II

y Bismarck pasaban ahora a ser grandes figuras históricas que, o bien imponían parcialmente el progreso, o al menos hacían posible que el progreso se desarrollase siguiendo su rastro. ¿Pero cómo podía la RDA mantener viva todavía una concepción diferencial tan elemental de la política de Historia ante sus ciudadanos, según la cual la RDA sería una encarnación del legado *bueno* de la historia anterior, y la RFA sólo se habría quedado con todo lo malo? La Historia abarcaba de repente a toda Alemania, lo que no permitía una clasificación entre Este y Oeste, por lo que los alemanes encontraron valores y experiencias que eran comunes. Más o menos al mismo tiempo había surgido en ambos Estados alemanes una fuerte conciencia de que la Historia de Alemania era su propia Historia; visto con posterioridad, esta jugarreta de la Historia puede ser interpretada como una suerte de preparación para la unidad de la nación.

También la RFA experimentó sus sorpresas. Los proyectos museísticos del Gobierno de Helmut Kohl pusieron las emociones al rojo vivo. En Bonn se pensaba edificar una Casa de la Historia (*Haus der Geschichte*) de la RFA, y en Berlín, el Museo Histórico Alemán (*Deutsches Historisches Museum*). Los críticos creían detectar que tras ambos proyectos latía un revisionismo histórico de índole neoconservadora, y sospechaban que estaba por reavivarse una conciencia histórica centrada en el Estado, como había sido el caso del «prusianismo» (*Borussianismus*) en el siglo XIX. Observaciones de este tipo incitaban al bando contrario a formular juicios igualmente radicales: la campaña contra los museos sería un simulacro de proceso difamatorio.<sup>48</sup> Retrospectivamente, como opina el historiador americano Charles S. Maier, la controversia sobre los museos se debe ver como un debate sustitutivo por parte de los intelectuales de la república de Bonn: «Antes de la reunificación, el museo era una alegoría de una nación que ya no existía. Pero, a partir de 1989, la 'patria' retornó al presente de Alemania

gracias a un curso de los acontecimientos que fue inesperadamente rápido para todos».<sup>49</sup>

#### La Alemania reunificada desde 1990: Una cultura histórica dividida

Hasta el final de la existencia de los dos Estados alemanes, la memoria del nacionalsocialismo oscilaba entre dos polos: el moralista y el pragmático. Ambos Estados intentaron separarse el uno del otro a través del uso del pasado, pero siguieron estando hondamente relacionados. Frente a las medidas de reeducación puestas en marcha por los Aliados, los alemanes del Oeste reaccionaron durante largo tiempo con un pragmatismo del silencio. En la RDA, por el contrario, el régimen prescribió una puesta en escena distintiva hacia dentro. Juicio moral y profesión de fe eran las consignas dominantes, y el ideal del nuevo hombre socialista y antifascista se convirtió en el principio orientador de sus valores. En la versión occidental, los alemanes habían sido víctimas de un liderazgo nazi sin escrúpulos, y los alemanes del Este seguían siendo víctimas de un liderazgo con aún menos escrúpulos, el del SED. En la versión oriental, los alemanes habrían sido víctimas del fascismo y del militarismo, que tenía una continuidad más suave bajo la forma del «Occidente imperialista». La construcción del pasado en Alemania oriental se mantuvo fiel a la imagen de la exitosa lucha del antifascismo. Según esta interpretación, los germano-orientales no serían en absoluto las víctimas, sino los vencedores históricos. De esta manera, toda posibilidad de considerarse víctimas del pasado en la Alemania socialista se había cortado de raíz. La RDA obtuvo su legitimidad histórica de la afirmación de la conexión económica entre capitalismo y dominación nacionalsocialista. Toda la Historia alemana anterior era, en esencia, el reverso de la propia autoimagen. Por el contrario, la RFA justificaba su nuevo papel geopolítico dentro de la alianza occidental a través de la delimitación de comunismo y nacionalsocialismo, negando al

mismo tiempo que la herencia de este último aún no hubiese sido superada.<sup>50</sup>

De este modo, ambas sociedades alemanas disponían de mecanismos de descarga y de desviación del peso del pasado. Numerosas polémicas públicas sobre el pasado nazi proliferaron a partir de la reunificación de 1990: desde el debate provocado por las teorías del historiador norteamericano Daniel J. Goldhagen en 1995-96 hasta las pasiones suscitadas por la exposición itinerante acerca de los crímenes de la *Wehrmacht* que recorrió Alemania entre 1995 y 1999; y desde la controversia sobre el antisemitismo «latente» de la sociedad alemana entre el escritor Martin Walser y el presidente del Comité Judío de Alemania, Ignatz Bubis, en 1998, hasta la disputa alrededor del Memorial sobre el Holocausto de Berlín y las discusiones acerca de la indemnización por trabajos forzados bajo la dictadura nazi a miles de ciudadanos de Europa oriental. Todas ellas demostraban ante todo una cosa: sólo a partir del final de la confrontación entre Este y Oeste se registró una mayor disposición a que ambas sociedades, la occidental y la oriental, asumiesen una perspectiva autocrítica.

Desde la izquierda radical de la RFA se hacían oír premoniciones proféticas que presagiaban la amenaza de un «IV Reich»; los antinacionalistas de la izquierda y de la extrema izquierda alternativa auguraban el infausto renacimiento de un nacionalismo alemán agresivo y extremista. Sin embargo, estas voces se redujeron a un fenómeno marginal dentro de la discusión pública.<sup>51</sup> Bastante más numerosos fueron los «biestatistas» (*Zweistatler*), partidarios de la permanencia de los dos Estados, entre los que se propagó una especie de patriotismo retrospectivo hacia la RFA. Una expresión característica de esta postura fue la del redactor jefe del semanario *Der Spiegel*, Erich Böhme, quien abogó, a finales de octubre de 1989, por un acercamiento entre «ambas naciones» de Alemania pero sin que hubiese reunificación —y aun así no pudo evitar el provocar el temor de los vecinos—, descri-

biendo los 74 años de historia nacional de la Alemania unida como una época desgraciada.<sup>52</sup> Algo semejante opinaba el exdirector de la Representación Permanente —una suerte de embajada informal— de la RDA en el Oeste, Günter Gaus, quien argumentaba de manera igualmente expresiva que las reformas de la RDA lo significaban todo, mientras que la reunificación no representaba nada. Los pro-occidentales como Jürgen Habermas, quienes valoraban positivamente las conquistas en materia liberal y posnacional de la RFA, temían la aparición de un «nacionalismo del marco alemán».<sup>53</sup>

De manera especialmente frecuente hacía su aparición el argumento histórico-político según el cual la unidad de Alemania se habría perdido a causa de Auschwitz. Según Günter Grass, el defensor más radical de esta perspectiva, un imperativo de índole moral y de Filosofía de la Historia, como resultado del estigma histórico que suponía Auschwitz, prohibiría que Alemania pudiese volver a ser un Estado nacional más allá de la unidad cultural o, como mucho, de una confederación política: «Aquel lugar del horror, citado como ejemplo de permanente trauma, excluye la existencia en el futuro de un Estado unitario».<sup>54</sup>

Durante las revoluciones de 1989-90 la socialdemocracia sufrió una fractura más acusada que el resto de los partidos. El *pathos* patriótico de Willy Brandt —«Ahora crece junto lo que debe ir junto»— y su insistencia en el derecho a la autodeterminación de los alemanes se oponía a la posición antinacional del entonces presidente del Estado federado del Sarre, Oskar Lafontaine. Este último no podía encontrar ningún vínculo positivo con la idea de nación, porque no podía dejar de asociar la nación al fantasma del siglo XIX y de principios del siglo XX. Los conservadores, quienes tendían a contemplar la pérdida de los antiguos territorios orientales de Alemania hasta 1945 como una auténtica penitencia por las injusticias perpetradas en el pasado, sacaron una ventaja de este alarmismo de la izquierda, que permitió olvidar que tam-

bién ellos habían descartado desde hacía tiempo la posibilidad de una reunificación alemana. Los conservadores percibieron la unidad como una oportunidad para alcanzar una República Federal «normal», es decir, capaz de solucionar sus crispaciones respecto al pasado. Esta idea, sin embargo, sirvió de estímulo dentro del campo de la derecha conservadora a tendencias que propugnaban una auténtica renacionalización de Alemania. Esto implicaba que el Imperio alemán de 1871-1918 dejaba de ser considerado únicamente como una antesala del Tercer Reich, sino que se pretendía, además, revalorizarlo como un modelo de la concepción alemana del Estado-nación. Neoconservadores que fingían «estar pensando en la nación», calificaban más bien la integración en el mundo occidental de la «vieja» República Federal como un extravío del «propio» camino y de la auténtica esencia de Alemania. Por esa vía se distanciaban de Europa y pretendían recetar a los alemanes como mejor cura para el futuro un reforzamiento de sus vínculos de identidad nacional.<sup>55</sup>

La gran mayoría de los historiadores de la Alemania occidental no se dejaron llevar por un entusiasmo ante la reunificación que fuese comparable al que los también historiadores Heinrich von Sybel o Heinrich von Treitschke habían experimentado con ocasión de la fundación del II Imperio alemán en 1871.<sup>56</sup> Pero la mayor parte de los especialistas de relieve veían en el nuevo Estado nacional, integrado en múltiples organizaciones e instituciones supranacionales, una oportunidad inesperada para los alemanes. Por primera vez en la Historia alemana, unidad y libertad no se contraponían. En los acontecimientos de 1989-90 se asistía a la reconstitución de una nación con sólida orientación europea y un sólido imbricación en los valores occidentales y democráticos.

Las concepciones de la Historia de índole político-partidaria se concentraron poco después de 1989-90 en la cuestión de qué lugar había ocupado en la consecución de la unidad alemana la nueva política exterior hacia el Este

(*Ostpolitik*) que había practicado la coalición de SPD y liberales en tiempos pasados. Tras esta cuestión se escondía la disputa acerca de a quién cabía atribuir el mérito de la reunificación. Quien consiguiese imponer su punto de vista en esta cuestión dispondría de un útil instrumento para movilizar a diferentes grupos sociales y para deslegitimar al adversario político. Y, al menos, podía servir igualmente para distanciarse de los propios fracasos, como se hizo evidente el día del décimo aniversario de la reunificación, en el año 2000, cuando la CDU, muy tocada por varios escándalos de financiación ilegal que afectaban a su cúspide, y el ex-canciller Helmut Kohl intentaron destacar el papel de este último como «canciller de la unidad», reprochando a los socialdemócratas el no haber sabido apreciar la importancia de los valores nacionales. Según la interpretación conservadora, la nueva *Ostpolitik* de Willy Brandt habría retrasado la unificación alemana, al haber consolidado el *statu quo* y contribuir a estabilizar las viejas estructuras de poder en el bloque oriental. Los socialdemócratas, olvidando el peso de la Historia y de la nación, habrían caído en una suerte de marcha conjunta hacia el socialismo. El documento común elaborado por el SPD y el SED en 1987, titulado *La lucha de las ideologías y la Seguridad Común (Der Streit der Ideologien und die gemeinsame Sicherheit)*, y que relativizaba la oposición entre democracia y dictadura, habría supuesto el apogeo de una estrategia fallida de promover el «cambio [en la RDA] a través del coqueteo [con ella]».<sup>57</sup>

La versión socialdemócrata, por el contrario, presentaba el proceso bajo una luz diferente. En este caso, el concepto del «cambio a través del acercamiento» significaba una acción subversiva contra la dictadura comunista de la RDA. El Gobierno de coalición socialdemócrata-liberal habría puesto fin, a partir de 1969, a la inacción de los gobiernos anteriores de los conservadores Adenauer, Erhard y también de Kiesinger en lo relativo a la cuestión alemana, y habría sacado a la RFA de forma audaz del callejón sin

salida al que la había llevado la política democratacristiana, para, a continuación, lanzar con la nueva *Ostpolitik* un «anzuelo dorado» a la RDA, que ésta acabó mordiendo, lo que le llevó hacia un cambio ruinoso y, al final, propició su hundimiento.<sup>58</sup>

Pero no sólo aquella política de la Historia que intenta imponer de forma consciente determinadas concepciones del pasado está sujeta a las coordenadas políticas de interés y poder. Esto vale también para la política del pasado, es decir, para las decisiones judiciales, legislativas y ejecutivas que van en paralelo o suceden al proceso de superación de las dictaduras. La revolución que acabó con la RDA en 1989-90 estuvo acompañada de varias disputas alrededor de la política del pasado, en cuyo centro se encontraba un conjunto de preguntas sustanciales: ¿Hasta dónde ha de llegar el esclarecimiento de los hechos punibles después de la caída del sistema dictatorial? ¿Qué personas con responsabilidades públicas han de ser perseguidas por la vía penal, y cuáles han de ser depuradas, es decir, excluidas (temporalmente) de prestaciones u oportunidades profesionales? ¿En qué medida han de ser reparadas las injusticias y deben ser rehabilitadas las víctimas? Las múltiples y turbulentas luchas de poder por la política del pasado que tuvieron lugar entre élites y nuevos actores, entre políticos del Este y del Oeste y entre los diferentes partidos no pueden ser abordadas de manera pormenorizada en este trabajo. En conjunto, se puede afirmar que los intereses de la *Realpolitik* y las reflexiones pragmáticas desempeñaron un papel bastante más relevante que las consideraciones de índole moral. El dilema, por ejemplo, acerca de la «devolución» o de la «indemnización» de los bienes y valores expropiados muestra con qué intensidad la política del pasado se vio afectada por los intereses en juego. En el contexto de un cambio general de élites en el Este, reinó el pragmatismo más descarnado. Quienes eran considerados útiles podían continuar en sus funciones, al menos mientras la marca fatídica

de IM (*inoffizieller Mitarbeiter der Staatssicherheit*, colaborador oficioso de la policía política de la RDA o *Stasi*) no fuese estampada en su frente. Quienes eran considerados inútiles eran despedidos, utilizando, eso sí, como constante justificación el pasado.<sup>59</sup>

Una particularidad de este segundo proceso de superación del pasado alemán consistió en que la disputa política por la Historia fue institucionalizada a nivel parlamentario. La comisión de investigación con el título *Superación de la Historia y consecuencias de la dictadura del SED en Alemania*, que fue instituida por el *Bundestag* en la primavera de 1992, tras un debate muy emotivo, ha prestado, sin duda, una contribución considerable a la investigación de la dictadura de la RDA. Pero en esa instancia «se mezclaron, de manera curiosa, los criterios de instrumentalización política con los criterios orientados a la búsqueda científica de la verdad».<sup>60</sup> De manera que ciencia y política no siempre se pudieron separar nítidamente, sino que a veces mantuvieron una estrecha relación. Con todo, nadie puso en duda el gran valor que revestía una adecuada superación del pasado para la estabilidad democrática, al igual que existía una amplia disposición a retomar, a partir de 1989-90, de modo enérgico, lo que no se había completado tras 1945.

La distribución asimétrica del legado de la culpa de una y otra dictadura también estuvo en el origen de otra dificultad. Los alemanes del Este y del Oeste sólo compartían el primero de los dos pasados dictatoriales. Los medios de comunicación occidentales estaban tan obsesionados por dar a conocer las prácticas escandalosas del sistema de control social y de la red de confidentes de la *Stasi* que un autor germano-oriental comentó que «la influencia de la *Stasi* en la RDA nunca fue mayor de lo que es ahora, cuando nos hemos deshecho de ella».<sup>61</sup> La impresión de que «todo [en la RDA] era *Stasi*» llevó a una completa infravaloración de la memoria de la Alemania oriental, a un lado del antiguo muro, y al surgimiento de un «síndrome del vencedor y del vencido», en el otro.

Detrás de la evolución del debate sobre la RDA también surgía, como un subtexto, la tendencia a relativizar el nacionalsocialismo mediante su equiparación con la dictadura de la RDA. Esto se hizo patente con ocasión de la disputa acerca del conjunto monumental del campo de concentración de Buchenwald, después de que en 1990 se diese a conocer una segunda historia, la del campo de internamiento soviético que se levantó en el mismo lugar tras 1945, aprovechando en parte las instalaciones nazis, y cuya existencia se había negado hasta entonces.<sup>62</sup> Esta tendencia tuvo un refuerzo adicional cuando en 1997 se publicó en Francia el *Libro negro del comunismo*, que reconstruía el rastro de sangre de las dictaduras rojas en el siglo XX. En el curso del debate tuvo lugar una reedición de la disputa de los historiadores de diez años atrás, que volvía a versar sobre si el nacionalsocialismo era comparable al comunismo.<sup>63</sup> Sin embargo, las teorizaciones de clara motivación política, que no buscaban ceder la palabra a un ejercicio útil de comparación histórica entre dictaduras, sino que pretendían equiparar la RDA con el Tercer Reich, fueron objeto de un rápido rechazo. Las razones eran obvias: la RDA había perpetrado, sin duda, algunas violaciones de los derechos humanos; pero no era responsable de guerras de exterminio, ni de Holocausto alguno. Y mientras que el nacionalsocialismo había crecido desde dentro de la sociedad alemana, el régimen del SED había sido impuesto desde fuera. La superación del Tercer Reich fue estimulada, a su vez, desde fuera, mientras que si el régimen del SED se derrumbó también lo fue a causa de las masivas protestas en el interior por parte de los alemanes orientales.<sup>64</sup>

A partir de 1989-90 surgió, en fin, una polémica acerca de la definición de los posibles símbolos para una Alemania reunificada, al igual que por la red denominación de calles. Éstas también eran manifestaciones de claro interés político, en la medida en que esos símbolos ofrecían una orientación de tipo normativo e histórico.

La polémica acerca de cuál debía ser la nueva capital, Berlín o Bonn, tenía todas las trazas de un debate sustitutivo, en el que, por lo demás, se podían rastrear prevenciones hacia Berlín, hacia Prusia o hacia la «opción pequeño-alemana» (*kleindeutsche Lösung*) de Bismarck en el pasado. En el fondo, la poderosa significación histórica de Berlín, tanto en sentido positivo como negativo, representaba el principal argumento a favor de esta ciudad, pues tanto un Gobierno federal que allí residiera, como un Parlamento que allí debatiera, nunca podrían pasar de largo la Historia.

En la Alemania unificada predominan dos culturas históricas, que generan, a su vez, dos tramas de significados diferentes, de forma que algunos especialistas hablan de una «nación dividida».<sup>65</sup> Se trata del legado de historias, experiencias y representaciones que estuvieron separadas durante cuarenta años, pero también del resultado de los nuevos desengaños posteriores a la reunificación. Por supuesto, tanto la cultura histórica como la cultura política de la nueva Alemania están fuertemente marcadas por la impronta de los alemanes occidentales, situación que también se relaciona con la transformación del paisaje económico de Alemania oriental, con las relaciones de poder y con la distribución de recursos institucionales, humanos y discursivos. Pero no hay que dejarse engañar: antes como ahora, la efectividad y la persistencia de los mitos y las leyendas históricas siguen siendo considerables.

Por poner un ejemplo, la República de Weimar es interpretada de manera diametralmente opuesta en las dos partes de Alemania. Mientras que en el territorio de la antigua RFA se destacaban en aquella sobre todo las enseñanzas que el Consejo Parlamentario de 1948-49, en la fase constituyente del nuevo Estado, extrajo del fracaso de la primera República alemana para no repetir sus errores, en los nuevos Estados federados del Este sigue persistiendo la lectura transmitida por la política de la Historia del SED, según la cual la República de Weimar estuvo marcada por la «traición de la socialde-

mocracia» en la revolución de 1918 —cuando el Gobierno del SPD, con ayuda del ejército, reprimió la revolución en las calles—, algo que sigue siendo un arma dialéctica utilizada con frecuencia por el postcomunista Partido del Socialismo Democrático (*Partei des demokratischen Sozialismus*, PDS).<sup>66</sup> Y cuando en 1998 se conmemoró el 150 aniversario de la revolución de 1848, resultó evidente que en el Oeste se recordaba, ante todo, la consecución de la libertad y el primer Parlamento alemán reunido en la *Paulskirche* de Francfort del Meno, mientras que en el Este eran más bien la revolución social y las barricadas callejeras de 1848 las que fueron objeto de rememoración.

Las épocas históricas predominantes en la conciencia histórica de los alemanes occidentales son el nacionalsocialismo y el Holocausto, al igual que las fases de fundación y construcción de la RFA, cuya historia es narrada como un éxito. Por el contrario, para los alemanes orientales el nacionalsocialismo y el Holocausto ocupan un lugar muy lejano en su recuerdo, mientras que la caída del muro de Berlín, en 1989, se sitúa en un primer puesto. La historia de la RFA es vista con recelo en Alemania oriental. Lo que se puede apreciar claramente en la distinta valoración del papel histórico del canciller Konrad Adenauer. En el Oeste, Adenauer es considerado un símbolo de la reconstrucción, de la incorporación al mundo occidental y del llamado milagro económico; en el Este, en cambio, el canciller democristiano es visto como una especie de «separatista renano» que sacrificó la unidad de Alemania al capitalismo y al rearme. A menudo, en el Este encontramos todavía la imagen propagandística distorsionada y caricaturizada de la primera RFA como un supuesto refugio del fascismo, del capitalismo, de la reacción y del revanchismo. El ideal del socialismo sigue gozando, en cambio, y al igual que antes, de una valoración positiva en los nuevos Estados federados del Este. El mito del antifascismo actúa todavía como un obstáculo para la superación completa del Tercer Reich, y el desencanto posterior a

la euforia que acompañó a la reunificación lleva tendencialmente a una transfiguración nostálgica de la dictadura del SED, que hasta ahora se presenta bajo una luz benigna. La interpretación del pasado está ligada de manera indisoluble a la percepción del presente. En el Este de Alemania se registra, además, y de manera más acusada que en el Oeste, una relevante diferencia intergeneracional en las opiniones sobre el pasado. Mientras que los jóvenes ya han «arribado» a la República Federal, las cohortes de mediana y avanzada edad mantienen con frecuencia una mayor afinidad con el viejo sistema, debido a que sus biografías están íntimamente ligadas a la de la propia RDA.<sup>67</sup> Un estudio publicado a finales de 1998 ofreció como resultado que, en aquel momento, dos tercios de las personas que vivían en los nuevos Estados federados del Este todavía no se sentían ciudadanos de la RFA, y que uno de cada diez alemanes orientales deseaba una vuelta a la RDA.<sup>68</sup>

### Conclusiones

Para finalizar, cabe mencionar algunas tendencias de futuro. ¿Dónde nos encontramos hoy?<sup>69</sup>

Señalaremos los siguientes puntos.

1. Todos los debates sobre el pasado están acompañados por generalizaciones y normativizaciones. Esto es válido a nivel nacional, y es visible en la concepción que informa al conjunto conmemorativo de la historia de la República Federal que ha sido aprobado recientemente. También vale a nivel europeo, como dejó claro el Congreso Internacional sobre el Holocausto celebrado en Estocolmo en el año 2000, que puede ser considerado como el acta de nacimiento de una memoria europea oficial y que marca el principio de la cooperación transnacional en el ámbito de la memoria del Holocausto.
2. Como consecuencia de una doble supera-

- ción del pasado, es decir, del tratamiento tanto de la dictadura *parda* como de la *roja*, la teoría del totalitarismo disfruta de un renovado crédito en Alemania y en toda Europa. Pero aquí sigue siendo visible una importante diferencia: mientras que en Europa occidental el nacionalsocialismo es visto como la mayor catástrofe de la Historia continental hasta el momento, en Europa oriental la magnitud de esta última es relativizada, al ser comparada con el comunismo.
3. La elección de los temas que se sitúan en la agenda de política de la memoria tiene mucho que ver con los medios de comunicación. Podemos afirmar que se recuerda todo aquello que es presentable para los medios de comunicación.
  4. El pasado nazi sigue siendo en Alemania, como un punto de referencia negativo, el eje alrededor del cual gira todo debate sobre la Historia: véase, si no, el Monumento al Holocausto erigido en el centro de Berlín. Mientras tanto, y bajo la presión de la globalización de la política de la memoria, también se ha tornado en un argumento digno de utilizar dentro de la política de derechos humanos. La consigna «Auschwitz», como referencia negativa, se ha convertido en un argumento comodín que puede justificar intervenciones militares, como demostró el Gobierno de coalición de socialdemócratas y verdes con motivo de la guerra en Yugoslavia durante la década de 1990.
  5. Si durante la Guerra Fría la política alemana de reparaciones a favor de las personas perseguidas por el régimen nazi era una política «a medias», ya que excluía a Europa del Este, cuando los tiempos cambiaron aquella política del pasado incompleta fue finalmente enmendada mediante la concesión de indemnizaciones a los ciudadanos que sufrieron trabajos forzados bajo el Tercer Reich, y que fue acordada por el Gobierno alemán en el año 2000.
  6. El debate sobre las víctimas se ha redimensionado de forma drástica. Hoy en día ya no se pone en duda que los alemanes fuesen víctimas de la Segunda Guerra Mundial desencadenada por ellos mismos. La conciencia de culpabilidad alemana ya no bloquea la rememorización de la propia experiencia dramática, jalonada por éxodos y expulsiones de población desde Europa centro-oriental y por los bombardeos sufridos en territorio alemán. Es aún más relevante el hecho de que las víctimas del comunismo hayan dinamitado el estatus hegemónico de que gozaba la memoria de las víctimas del nazismo y hayan hecho suya una nueva economía moral.
  7. La Alemania unificada ascendió en 2005, si no antes, al estatus de potencia vencedora de la Segunda Guerra Mundial. Con motivo del sesenta aniversario de las celebraciones por la victoria sobre el Tercer Reich de Hitler, el entonces canciller alemán, Gerhard Schröder, y su delegación, ya no tenían que esconderse. La bien lograda democracia alemana fue honorada de este modo por el grupo de las potencias aliadas de antaño mediante la presencia gubernamental en los festejos.
  8. Como consecuencia del cambio generacional, se puede afirmar que en la Alemania reciente el patriotismo que anteriormente siempre era puesto en duda, e incluso el «patriotismo negativo», han sido superados. En su lugar se está extendiendo un sentimiento de identidad revestido de seguridad y de un «patriotismo alegre».
  9. También en el ámbito de la política de superación del pasado, en sus formas, contenidos y exigencias, Alemania se ha convertido en uno de los grandes modelos mundiales a exportar. Algunos países, con todo, han mostrado suspicacias para aceptar esta suerte de «patrón» germano, prefiriendo seguir sus propias vías para la superación de sus respectivos pasados, y negándose a

comprender por qué los alemanes habrían de ser siempre los «mejores». Es decir, los que primero perpetrar los mayores crímenes, y después los procesan con la mejor política de superación del pasado.

10. De modo diferente a lo que sucede con el nazismo, el régimen del SED todavía no tiene un lugar histórico asentado dentro de la cultura política de la Alemania actual, ni ha experimentado una asunción social masiva de ese sitio en la Historia. Por el contrario, su experiencia histórica todavía es objeto de disputa y división. El hundimiento de la RDA no posee el mismo significado constitutivo que revistió la liberación del nacionalsocialismo. No obstante, los efectos del colapso del comunismo en la cultura política de Europa y de Alemania podrían, a largo plazo, resultar haber sido más eficaces de lo que podemos pensar hoy en día. En las miradas al nacionalsocialismo y al comunismo existen desequilibrios y divisiones entre Alemania occidental y oriental. Por lo tanto, se puede hablar de una cultura histórica dividida. Y estas divisiones tienen que ver, a su vez, con el panorama general de la memoria europea, a la que se remiten.

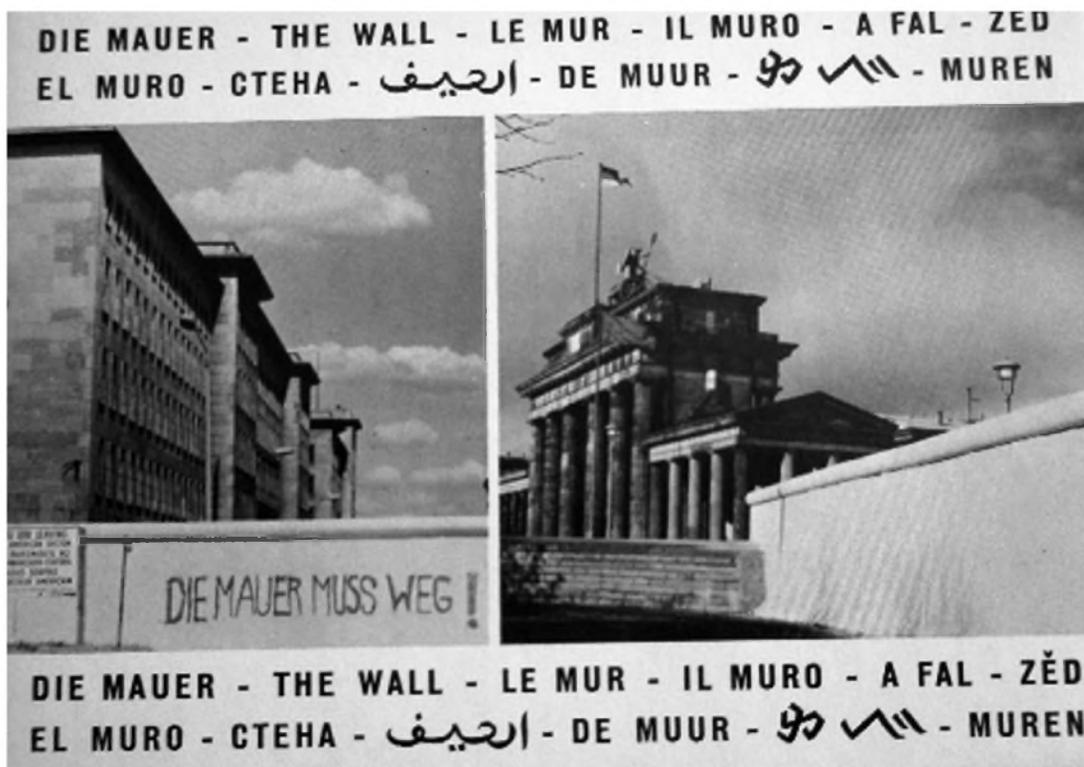
## NOTAS

- <sup>1</sup> Traducción: Moisés Prieto (Zürich) y Xosé M. Núñez Seixas (Santiago de Compostela).
- <sup>2</sup> Lepsius, M. R.: «Das Erbe des Nationalsozialismus und die politische Kultur der Nachfolgestaaten des 'Großdeutschen Reiches'», en *id.*, *Demokratie in Deutschland. Soziologisch-historische Konstellationsanalysen. Ausgewählte Aufsätze*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1993, pp. 229-245.
- <sup>3</sup> Giordano, R.: *Die zweite Schuld oder Von der Last Deutscher zu sein*, Hamburgo, Rasch u. Röhring, 1987; Schwan, G.: *Politik und Schuld. Die zerstörerische Macht des Schweigens*, Frankfurt a. M., Fischer, 1997; Mitscherlich, A. y Mitscherlich, M.: *Die Unfähigkeit zu trauern: Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Leipzig, Reclam, 1990 [1968.]; Friedrich, J.: *Die kalte Amnestie: NS-Täter in der Bundesrepublik*, Frankfurt a. M., Fischer, 1984; Brochhagen, U.: *Nach Nürnberg. Vergangenheitsbewältigung und Westintegration in der Ära Adenauer*, Hamburgo, Janus, 1994.
- <sup>4</sup> Pendaries, Y.: *Les procès de Rastatt (1946-1954). Le jugement des crimes de guerre en zone française d'occupation en Allemagne*, Berna et al., Lang, 1995.
- <sup>5</sup> Graml, Hermann: «Die verdrängte Auseinandersetzung mit dem Nationalsozialismus», en Martin Broszat (ed.): *Zäsuren nach 1945. Essays zur Periodisierung der deutschen Nachkriegsgeschichte*, Munich 1990, S. 176.
- <sup>6</sup> Kurt Schumacher (1895-1952) sufrió la amputación del brazo derecho a causa de las heridas sufridas como combatiente durante la Primera Guerra Mundial, y bajo el Tercer Reich fue internado en el campo de concentración de Dachau, donde estuvo al borde de la muerte (*N. de los T.*).
- <sup>7</sup> Citado por Frei, N.: *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, Munich, Beck, 1996, p. 28. Vid. también Herf, Jeffrey: *Zweierlei Erinnerung. Die NS-Vergangenheit im geteilten Deutschland*, Berlín, Propyläen, 1998, pp. 317 y ss.
- <sup>8</sup> Frei: *Vergangenheitspolitik*, p. 401.
- <sup>9</sup> Kielmannsegg, P. G.: *Lange Schatten. Vom Umgang der Deutschen mit der nationalsozialistischen Vergangenheit*, Berlín, Siedler, 1989, p. 35.
- <sup>10</sup> El Día del Luto Nacional se introdujo por primera vez en el calendario festivo en 1919, en recuerdo de los caídos alemanes en la Primera Guerra Mundial. Sustituido por el día de recuerdo a los héroes (*Heldengedenktag*) durante el nazismo, en 1948 se recuperó en las tres zonas de ocupación occidentales la vieja forma del Día de Luto por los caídos, y fue retomado igualmente por la RFA, que pasó a celebrarlo en el último domingo antes de Adviento, ahora en recuerdo de los caídos en el frente y en la retaguardia de todas las naciones durante las dos guerras mundiales (*N. de los T.*).
- <sup>11</sup> Lurz, M.: *Kriegerdenkmäler in Deutschland*, Vol. 6, Heidelberg, Esprint-Verlag, 1987, p. 512.
- <sup>12</sup> Ueberschär, G. R. (ed.): *Der 20. Juli 1944. Bewertung und Rezeption des deutschen Widerstandes gegen das NS-Regime*, Colonia, Bund, 1994.
- <sup>13</sup> Vid. Giordano, R.: *Die Traditionslüge. Vom Kriegerkult in der Bundeswehr*, Colonia: Kiepenheuer & Witsch, 2000, p. 75. Una visión de conjunto en Abenheim, D.: *Bundeswehr und Tradition. Die Suche nach dem gültigen Erbe des deutschen Soldaten*, Munich, Oldenbourg, 1989.
- <sup>14</sup> Vid. Herbert, U.: «Der Holocaust in der Geschichtsschreibung der Bundesrepublik Deutschland», en *id.* y O. Groehler (eds.): *Zweierlei Bewältigung. Vier Beiträge über den Umgang mit der NS-Vergangenheit in den beiden deutschen Staaten*, Hamburgo, Ergebnisse-Verlag, 1992, pp. 7-28.
- <sup>15</sup> Vid. Bergmann, W.: *Antisemitismus in öffentlichen Konflikten. Kollektives Lernen in der politischen Kultur der Bundesrepublik 1949-1989*, Frankfurt a. M., Campus, 1997, pp. 65 y ss.

- <sup>16</sup> Herbst, L., y C. Goschler (eds.): *Die Wiedergutmachung in der Bundesrepublik Deutschland*, Munich, Oldenbourg, 1989.
- <sup>17</sup> Schönbach, P.: *Reaktionen auf die antisemitische Welle im Winter 1959/60*, Frankfurt a. M., Europäische Verlag. Anstalt, 1961.
- <sup>18</sup> Pingel, F.: «Nationalsozialismus und Holocaust in westdeutschen Schulbüchern», en R. Steininger (ed.): *Der Umgang mit dem Holocaust: Europa-USA-Israel*, Viena, Böhlau, 1994, pp. 225 y ss.
- <sup>19</sup> Cobler, S.: «Das Gesetz gegen die 'Auschwitz-Lüge'-Anmerkungen zu einem rechtspolitischen Ablaßhandel», *Kritische Justiz*, 2 (1985), p. 162.
- <sup>20</sup> Reichel, P.: *Politik mit der Erinnerung. Gedächtnisorte im Streit um die nationalsozialistische Vergangenheit*, Munich, Hanser, 1995, p. 158.
- <sup>21</sup> Schildt, A.: «Der Umgang mit der NS-Vergangenheit in der Öffentlichkeit der Nachkriegszeit», en W. Loth y B. A. Rusinek (eds.): *Verwandlungspolitik. NS-Eliten in der westdeutschen Nachkriegsgesellschaft*, Frankfurt a. M., Campus, 1998, pp. 45 y ss.
- <sup>22</sup> Werle, G., y T. Wandres: *Auschwitz vor Gericht. Völkermord und bundesdeutsche Strafjustiz*, Munich, Beck, 1995; Steinbach, P.: *Nationalsozialistische Gewaltverbrechen. Die Diskussion in der deutschen Öffentlichkeit*, Berlin, Colloquium-Verlag, 1981; Frei, N.: «Der Frankfurter Auschwitz-Prozeß und die deutsche Zeitgeschichtsforschung», en Fritz Bauer Institut (ed.): *Auschwitz: Geschichte, Rezeption und Wirkung*, Frankfurt a. M., Campus, 1996, pp. 123-138.
- <sup>23</sup> Morsey, R.: *Heinrich Lübke. Eine politische Biographie*, Paderborn et al., Schöningh, 1996, p. 507.
- <sup>24</sup> Mitscherlich y Mitscherlich: *Die Unfähigkeit, op. cit.*
- <sup>25</sup> Faulenbach, B.: «NS-Interpretationen und Zeitklima. Zum Wandel in der Aufarbeitung der jüngsten Vergangenheit», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 22 (1987), p. 22.
- <sup>26</sup> Brandt, W.: *Erinnerungen*, Frankfurt a. M., Propyläen, 1990, p. 186.
- <sup>27</sup> *Der Spiegel*, 27.4.1970.
- <sup>28</sup> Erich Kosthorst: «Die deutsche Frage in der politischen Bildung. Öffentliche Anhörung des Ausschusses für innerdeutsche Beziehungen des deutschen Bundestages 1978», *Zur Sache*, 2 (1978).
- <sup>29</sup> Von Kampen, W.: *Holocaust. Materialien zu einer amerikanischen Fernsehserie über die Judenverfolgung im «Dritten Reich»*, Bonn, Bundeszentrale für politische Bildung, 1981; Bergmann: *Antisemitismus*, p. 372.
- <sup>30</sup> Mommsen, H.: «Verordnete Geschichtsbilder? Historische Museumspläne der Bundesregierung», *Gewerkschaftliche Monatshefte*, 37 (1986), pp. 13-24.
- <sup>31</sup> Noelle-Neumann, E., y Köcher, R.: *Die verletzte Nation. Über den Versuch der Deutschen ihren Charakter zu ändern*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1987.
- <sup>32</sup> Vid. La recopilación de textos «Historikerstreit». *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, Munich, Piper, 1987; Maier, Charles: *Die Gegenwart der Vergangenheit. Geschichte und nationale Identität der Deutschen*, Frankfurt a. M., Campus, 1991, p. 15 y ss.
- <sup>33</sup> Habermas, Jürgen, *Eine Art Schadensabwicklung. Kleine Politische Schriften VI*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1987, p. 75 y ss.
- <sup>34</sup> Lepsius: «Das Erbe des Nationalsozialismus», *op. cit.*
- <sup>35</sup> Vid. Welsh, H.-A.: «Antifaschistisch-demokratische Umwälzung» und politische Säuberung in der sowjetischen Besatzungszone Deutschlands», en K.-D. Henke y H. Woller (eds.): *Politische Säuberung in Europa. Die Abrechnung mit Faschismus und Kollaboration nach dem Zweiten Weltkrieg*, Munich, DTV, 1991, pp. 84-107; Naimark, N. M.: *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge (Ma), Harvard UP, 1995.
- <sup>36</sup> Meuschel, S.: *Legitimation und Parteiherrschaft. Zum Paradox von Stabilität und Revolution in der DDR 1945-1989*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1992, pp. 29 y ss.
- <sup>37</sup> Grunenberg, A.: *Antifaschismus - ein deutscher Mythos*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1993; Herf: *Zweierlei Erinnerung*, pp. 194 y ss.; Mätzing, H. C.: *Geschichte im Zeichen des historischen Materialismus. Untersuchungen zu Geschichtswissenschaft und Geschichtsunterricht in der DDR*, Hannover, Hahn, 1999; Sabrow, M.: *Das Diktat des Konsenses. Geschichtswissenschaft in der DDR 1949-1959*, Munich, Oldenbourg, 2001; Groehler, O.: «Der Umgang mit dem Holocaust in der DDR», en Steininger (ed.): *Der Umgang*, pp. 233-245.
- <sup>38</sup> Overesch, M.: *Buchenwald und die DDR ode die Suche nach Selbstlegitimation*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1995; Niethammer, L. (ed.): *Der «gesäuberte» Antifaschismus. Die SED und die roten Kapos von Buchenwald. Dokumente*, Berlin, Akademie-Verlag, 1994; Zimmer, H.: *Der Buchenwald-Konflikt. Zum Streit um Geschichte und Erinnerung im Kontext der deutschen Vereinigung*, Münster, Agenda-Verlag, 1999; Münkler, H.: «Das kollektive Gedächtnis der DDR», en D. Vorsteher (ed.): *Parteiauftrag: Ein neues Deutschland. Bilder, Rituale und Symbole der frühen DDR*, Berlin, DHM, 1996, pp. 458-468.
- <sup>39</sup> Bender, P.: *Episode oder Epoche? Zur Geschichte des geteilten Deutschland*, Munich, DTV, 1996, p. 54.
- <sup>40</sup> «Der Begriff der Geschichtsnation als 'das Verbindende' empfohlen», *Frankfurter Rundschau*, 30.8.1985.
- <sup>41</sup> Lübke, H.: «Zur Identitätspräsentationsfunktion von Historie», en O. Marquard y K. Stierle (eds.): *Identität*, Munich, Fink, 1979, pp. 277-292; también Teppe, K.: «Das deutsche Identitätsproblem. Eine historisch-politische Provokation», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 20-21 (1976), pp. 29-39.
- <sup>42</sup> Meuschel: *Legitimation und Parteiherrschaft*, p. 286; Mätzing: *Geschichte*, pp. 106 y ss.
- <sup>43</sup> Durante el festival de Hambach, en mayo de 1832, más de treinta mil personas se manifestaron por la libertad, la unidad de Alemania y los derechos ciudad-

- danos, situándose como una efeméride crucial en el proceso de unificación alemana (*N. de los T.*).
- <sup>44</sup> Vid. François, E.: «Von der wiedererlangten Nation zur 'Nation wider Willen'. Kann man eine Geschichte der deutschen Erinnerungsorte schreiben?», en *id.*, H. Siegrist y J. Vogel (eds.): *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich. 19. und 20. Jahrhundert*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 1995, p. 95.
- <sup>45</sup> Vid. Wehler, H.-U.: «Preußen ist wieder chic. Der Obrigkeitsstaat im Goldrähmchen», en *id.*: *Preußen ist wieder chic. Politik und Polemik in zwanzig Essays*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1983, pp. 76-94; Greiffenhagen, M.: *Die Aktualität Preußens. Fragen an die Bundesrepublik*, Frankfurt a. M., Fischer, 1981.
- <sup>46</sup> Vid. Bluhm, H.: «Befreiungskriege und Preußenrenaissance in der DDR. Eine Skizze», en R. Speth y E. Wolfrum (eds.), *Politische Mythen und Geschichtspolitik. Konstruktion-Inszenierung-Mobilisierung*, Berlin, Centre Marc Bloch, 1996, pp. 71-95.
- <sup>47</sup> Vid. Fetscher, I.: «Rot-Preußen?», *Neue Gesellschaft*, 28:1 (1981), pp. 25-28.
- <sup>48</sup> Vid. los diversos artículos sobre la controversia en Stölzl, Ch. (ed.): *Deutsches Historisches Museum: Ideen-Kontroversen-Perspektiven*, Frankfurt a. M., Propyläen, 1988.
- <sup>49</sup> Maier: *Die Gegenwart*, p. 171.
- <sup>50</sup> Assmann, A. y Frevert, U.: *Geschichtsvergessenheit. Geschichtsversessenheit. Vom Umgang mit deutschen Vergangenheiten nach 1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1999; Lutz, F. P.: *Das Geschichtsbewußtsein der Deutschen. Grundlagen der politischen Kultur in Ost und West*, Colonia, Böhlau, 2000; Diner, D.: *Kreisläufe. Nationalsozialismus und Gedächtnis*, Berlin, Berlin Verlag, 1995; Sühl, K. (ed.): *Vergangenheitsbewältigung 1945 und 1989. Ein unmöglicher Vergleich?*, Berlin, Volk und Welt, 1994.
- <sup>51</sup> Sobre los debates alrededor de la reunificación, vid. Roth, F.: *Die Idee der Nation im politischen Diskurs. Die Bundesrepublik Deutschland zwischen neuer Ostpolitik und Wiedervereinigung (1969-1990)*, Baden-Baden, Nomos, 1995, pp. 340 y ss.; sobre la socialdemocracia, Groh, D. y Brandt, P.: «Vaterlandslose Gesellen». *Sozialdemokratie und Nation 1860-1990*, Múnich, Beck, 1992; para un enfoque enmarcado en las decisiones políticas nacionales e internacionales, vid. Winkler, H.-A.: *Der lange Weg nach Westen*, 2 vols. (1. *Deutsche Geschichte vom Ende des Alten Reiches bis zum Untergang der Weimarer Republik*, 2. *Deutsche Geschichte vom «Dritten Reich» bis zur Wiedervereinigung*), Múnich, Beck, 1999 y 2000, pp. 489 y ss.
- <sup>52</sup> *Der Spiegel*, 30.10.1989.
- <sup>53</sup> Habermas, J.: «Der DM-Nationalismus», *Die Zeit*, 30.3.1990.
- <sup>54</sup> Grass, G.: «Kurze Rede eines vaterlandslosen Gesellen», *Die Zeit*, 9.2.1990.
- <sup>55</sup> Jarausch, K.-H.: «Normalisierung oder Re-Nationalisierung? Zur Umdeutung der deutschen Vergangenheit», *Geschichte und Gesellschaft*, 21 (1995), pp. 571-84; Naumann, K.: «Neuanfang ohne Tabus». *Deutscher Sonderweg und politische Semantik*, *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 4 (1994), pp. 435-46; Zitelmann, R., et al. (eds.): *Westbindung. Chancen und Risiken für Deutschland*, Frankfurt a. M./ Berlin, Propyläen, 1993; Weißmann, K.: «Die Nation denken», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 22.4.1994.
- <sup>56</sup> Vid. Schwarz, H.-P.: «Mit gestopften Trompeten. Die Wiedervereinigung Deutschlands aus der Sicht westdeutscher Historiker», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 44 (1993), p. 703.
- <sup>57</sup> Plück, K.: «Lebenslügen der SPD», *Die Politische Meinung*, 272 (1992), pp. 28-36; Kriele, M.: «Jetzt muß man auseinanderhalten, was nicht zusammen gehört», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 13.1.1990. Un buen análisis desde la atalaya de un observador extranjero: Smith, G. W.: «Ostpolitik since Reunification», *German Life and Letters*, 49 (1996), pp. 88-100.
- <sup>58</sup> Vid. Bender, P.: «Der goldene Angelhaken. Entspannungspolitik und Systemwandel», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 14 (1994), pp. 11-15.
- <sup>59</sup> Vid. Bock, P.: «Vergangenheitspolitik in der Revolution von 1989», en *id.* y E. Wolfrum (eds.), *Umkämpfte Vergangenheit. Geschichtsbilder, Erinnerung und Vergangenheitspolitik im internationalen Vergleich*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1999, pp. 83-100. Una perspectiva general sobre la política del recuerdo en las sociedades de Europa centro-oriental durante el proceso de transición posterior a 1989 en Offe, C.: *Der Tunnel am Ende des Lichts. Erkundungen der politischen Transformation im Neuen Osten*, Frankfurt a. M., Campus, 1994.
- <sup>60</sup> Kocka, J.: «Von der Verantwortung der Zeithistoriker», *Frankfurter Rundschau*, 3.5.1994.
- <sup>61</sup> Dieckmann, F.: *Vom Einbringen. Vaterländische Beiträge*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1992, p. 232; vid. también Dahn, D.: *Westwärts und nicht vergessen. Vom Unbehagen in der Einheit*, Reinbek bei Hamburg: Rowohlt, 1997.
- <sup>62</sup> Vid. Zimmer: *Der Buchenwald-Konflikt*, op. cit.
- <sup>63</sup> Courtois, S., et al.: *Le livre noir du communisme. Crimes, terreur, répression*, París, Laffont, 1997; Furet, F., y Nolte, E.: «Feindliche Nähe». *Kommunismus und Faschismus im 20. Jahrhundert. Ein Briefwechsel*, Múnich, Herbig, 1998.
- <sup>64</sup> Vid. Sühl (ed.): *Vergangenheitsbewältigung*, op. cit.; Wengst, U.: «Geschichtswissenschaft und 'Vergangenheitsbewältigung' in Deutschland nach 1945 und nach 1989/90», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 46 (1995), pp. 89-105.
- <sup>65</sup> Weidenfeld, W., y Lutz, F. Ph.: «Die gespaltene Nation. Geschichtsbewußtsein der Deutschen nach der

- Einheit», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 31-32 (1992), pp. 3-22.
- <sup>66</sup> Vid. Winkler, H.-A.: «Kein Bruch mit Lenin. Die Weimarer Republik im Geschichtsbild von SED und PDS», en Eckert, R., y Faulenbach, B. (eds.), *Halbherziger Revisionismus: Zum postkommunistischen Geschichtsbild*, Munich, Olzog-Verlag, 1996, pp. 11-24.
- <sup>67</sup> Exhaustivamente: Lutz: *Das Geschichtsbewußtsein der Deutschen*, *op. cit.*; Kocka, J.: «Geteilte Erinnerungen. Zweierlei Geschichtsbewußtsein im vereinten Deutschland», *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 43: 1 (1998), pp. 104-111.
- <sup>68</sup> *Berliner Zeitung*, 4.9.1998.
- <sup>69</sup> Vid. sobre el particular Wolfrum, E.: «Das Erbe zweier Diktaturen und die politische Kultur des gegenwärtigen Deutschland im europäischen Kontext», en S. Sigmund, G. Albert y M. Stachura (eds.): *Soziale Konstellation und historische Perspektive. Festschrift für M. Rainer Lepsius*, Wiesbaden, VS Verlag für Sozialwissenschaften, 2008, pp. 307-22; Assmann, A.: *Der lange Schatten der Vergangenheit. Erinnerungskultur und Geschichtspolitik*, Munich, Beck, 2006; Diner, D.: *Gegenläufige Gedächtnisse. Über Geltung und Wirkung des Holocaust*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2007; Kroh, J.: *Transnationale Erinnerung. Der Holocaust im Fokus geschichtspolitischer Initiativen*, Frankfurt a. M. / Nueva York, Campus, 2008; Welzer, H.: *Der Krieg der Erinnerung. Holocaust, Kollaboration und Widerstand im europäischen Gedächtnis*, Frankfurt a. M., Fischer, 2007.



Las dos Alemanias